

PUNTO ROJO

**BRU  
GUE  
RA**

BOLSILIBROS

**T** POLICIAO

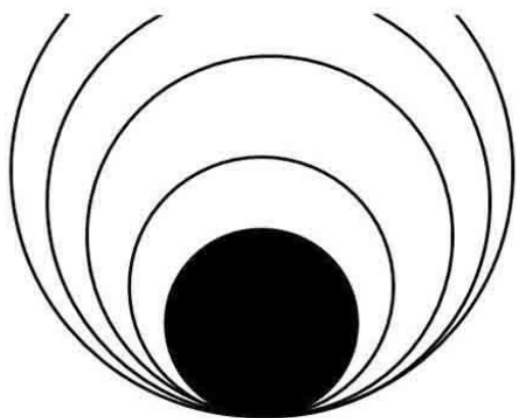
# Garras en la niebla

**BURTON HARE**

**GANE 1  
MILLON**  
DE PESETAS







**PUNTO ROJO**







BURTON HARE

**GARRAS EN  
LA NIEBLA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.175  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





2ª edición en esta colección en España: febrero, 1985

2ª edición en esta colección en América: agosto, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S.A.  
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

© Francisco Bruguera - 1964

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 84-02-02520-X / Depósito legal: B 1.679 - 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.

Carretera Nacional 152, km 21.650 Parets del Vallés (Barcelona) - 1985





ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR  
EN LAS COLECCIONES DE  
**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

**Servicio Secreto**  
**Punto Rojo**  
**Selección Terror**  
**Héroes del Espacio**



## PRÓLOGO

El taxi se detuvo en la esquina de Electric Road y Brooks Street. Las luces de sus faros se amortiguaron, mostrando al mismo tiempo la niebla que se arremolinaba como una masa de algodón sólida y maloliente. El aire salobre del Pacífico llegaba envuelto en olores que nada tenían que ver con la sal.

El pasajero saltó a la acera. El coche se puso en marcha. El hombre que había llegado esperó a perder de vista las rojas luces traseras, antes de ponerse en movimiento. Entonces se acercó a un farol y consultó su reloj pulsera. Tuvo que esforzarse para distinguir las cifras, ya que la niebla esfuminaba la luz de manera inverosímil. El hombre gruñó una maldición y echó a andar apresuradamente.

Se internó por Brooks Street. Sus pasos resonaban en el silencio nocturno igual que el repiqueteo de un tambor, secos y firmes. Su sonido rebotaba contra las paredes y se perdía en medio de la niebla.

El noctámbulo era solamente una sombra deslizándose entre las otras sombras de la noche. Deliberadamente, rodeaba los faroles para evitar las pálidas luces que apenas si despejaban la negrura a media docena de pasos de cada poste.

Si alguien hubiera podido seguirle, tal vez se hubiese extrañado de la monotonía de los pasos, regulares como una marcha militar, inexorables, igual que si ellos participasen de la implacable decisión del hombre. Tenían algo siniestro en su misma firmeza, la firmeza del destino.

O de la muerte.

Porque era la muerte la que viajaba a bordo de aquellos pasos regulares y rápidos. La muerte envuelta en la niebla, guareciéndose en las sombras.

Dobló una esquina a la derecha, luego otra a la izquierda. Siempre al mismo paso, sin apresurarse, pero sin perder el ritmo

vivo de su andar. Esa calle estaba más iluminada, aunque sin despejar por completo las sombras que parecían ser algo consustancial del barrio portuario.

Al fin desembocó en Ocean Street, una calle un poco más ancha que las que había recorrido el hombre. También en ella las luces parecían avergonzar a sus vecinas. El noctámbulo se detuvo un instante, mirando receloso a ambos lados de la calle. El ala del sombrero proyectaba una densa mancha sobre su rostro, pero en medio de esa mancha brillaban dos ojos acerados, casi fosforescentes a causa de la pasión y el esfuerzo por penetrar hasta los más recónditos rincones de lo que le rodeaba.

Después del examen, atravesó la calle. De nuevo se inmovilizó en la otra acera y dio otro vistazo a su alrededor. Finalmente, tranquilizado, sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta de una casa de apartamentos. La sombra del interior se lo tragó igual que engullido por la boca del infierno.

Desdeñó el ascensor y empezó a subir las escaleras con sumo cuidado, pisando lo más cerca posible de la barandilla para evitar que alguno de los viejos y gastados escalones dejara escapar un chirrido inoportuno. Sus pasos eran ahora lentos y cautelosos. A medida que subía, su respiración iba acelerándose, cual si el esfuerzo de trepar por la escalera fuese superior a sus fuerzas.

Sacó unos guantes del bolsillo y se cubrió las manos con ellos. Se las frotó una contra otra. Estaba en el segundo piso. Le faltaban tres más y alguien moriría...

Bessie Gray cesó de pasear de un lado a otro y consultó su diminuto reloj de pulsera. Suspiró. Un suspiro que más parecía un gemido de angustia.

Reanudó sus rápidos andares de un extremo a otro de la estancia. Miró hacia la ventana, tras cuyos cristales la negrura de la noche no le despejaba precisamente sus temores. Se detuvo junto a una mesita sobre cuya superficie se amontonaban varias revistas de actualidad, un par de novelas, un cenicero desbordante de colillas, la mayoría de cigarrillos a medio fumar, una botella y un alto vaso con restos de licor. Tomó la botella y vertió una larga dosis de *whisky* en el vaso. Lo bebió rápidamente, puro, sin preocuparse del escozor que producía en su garganta. Deseó que el licor le diera los

ánimos que tanto necesitaba.

No se los dio.

Encendió el último cigarrillo que quedaba en el paquete y aspiró un par de nerviosas chupadas. Después siguió la ascensión del humo hacia el techo, donde se volatilizó lo mismo que sus sueños.

Cerró los ojos. De entre sus apretados labios brotó una muda súplica, apenas oída por ella misma:

—¡Dios, que llegué a tiempo!

Volvió a andar de un lado a otro. Se detuvo en la ventana y miró hacia la calle, aquel pozo negro con espesas manchas grises de niebla. La visión la angustió más todavía de lo que estaba, o tal vez fue solamente que cualquier cosa o circunstancia sólo servía para agudizar el terror que la poseía.

Trató de alejar el miedo, pensando en el pasado. En lo que pudo haber sido y no fue, en el cúmulo de circunstancias que la habían llevado a romper con el hombre que quería... En su desmedida ambición... Y al pensar eso, su miedo brotó con mayor fuerza que nunca, y percibió en su piel una sensación física de repugnancia, como si unos dedos viscosos la recorrieran de arriba abajo.

Apuró otra chupada y la punta del cigarrillo brilló con intensidad. Eso le hizo pensar en la manera de aspirar el humo que tenía él, con una larga aspiración que saturaba de humo sus pulmones..., humo que luego expulsaba despacio, saboreándolo hasta la última partícula.

¡El buen John! ¿Por qué había sido tan estúpida para dejarlo escapar? ¡Y cómo se había enfurecido con él! Recordó sus ojos, convertidos en dos rendijas, por las que pareció asomar un incendio..., una tempestad. Instintivamente, Bessie se acarició la mejilla, como si todavía pudiera sentir en ella el restallar de la bofetada. Le había pegado... Una pálida sonrisa asomó a sus labios, al pensar en eso. Sí, la había golpeado... Una bofetada cuyo estallido obligó a los demás ocupantes del bar a enmudecer y volver la cabeza para ver lo que sucedía. Incluso había habido uno que quiso intervenir, y John, cegado de furor, lo derribó con un par de puñetazos.

Bessie se sorprendió al notar una acusadora humedad en los ojos. Acabó confesándose que seguía amando a John, por encima de todo. Si él acudía a su llamada, se lo diría con toda franqueza. Ya

no volvería a dejarse dominar por su condenada ambición... Pero ¿y si no acudía?

Se estremeció. Tenía que venir. Era su vida la que estaba en juego, y Bessie no quería morir. Nadie quiere morir, y menos si se tienen veinticinco años y toda una vida por delante.

Entonces escuchó el apagado sonido. Aguzó los sentidos, escuchando con el alma puesta en aquel rumor que iba acercándose. Sí, eran unos pasos..., estaban en el pasillo..., se acercaban a la puerta..., se detenían... John.

Bessie estuvo a punto de correr hacia la puerta para lanzarse en sus brazos, pero algo la detuvo, con el corazón golpeando en su garganta.

Una corriente de hielo ascendió por su espalda, paralizándola. Se había equivocado. Una llave había penetrado en la cerradura. Y John no poseía llave del apartamento... ¡No era John!

El terror creció dentro de ella en oleadas, impulsándola a gritar con toda su alma..., a huir... Sólo un hombre tenía aquella llave, y ese hombre, ahora, era la muerte.

Enloquecida de espanto, Bessie fue retrocediendo como un autómatas. Tropezó con una silla y la derribó en el instante en que la cerradura cedía y la puerta empezaba a girar.

Un grito ronco, sin fuerza, brotó de los labios de la muchacha. No esperó a ver al hombre que entraba. Giró sobre sus talones y se lanzó en loca carrera hacia la cocina. Cerró la puerta detrás de sí y se detuvo, sintiendo que las fuerzas empezaban a faltarle. No tenía más escapatoria que la ventana, y tras la ventana la escalera de incendios... Pero él la seguiría hasta allí...

Hizo un esfuerzo, y logró que sus piernas respondieran a la llamada. Se precipitó hacia su única salida. Franqueó la ventana y se encontró en el rellano metálico de la escalera. Vaciló, completamente perdido el dominio de sus nervios.

Entonces vio abrirse la puerta de la cocina. El hombre entró en la pieza con pasos calmosos, sin precipitarse, seguro de su destino, implacable en su tranquilidad, tan inexorable como la misma muerte. Bessie lanzó un grito y empezó a subir los peldaños de la escalera de incendios, tropezando, trastabillando y gimiendo, presa del terror. Si al menos hubiese luz en alguna de las ventanas de los otros pisos... Pero todas estaban a oscuras. Nadie parecía

interesarse por el terrible drama que estaba viviendo. Igual que si el mundo se hubiera vaciado de golpe, dejándola abandonada a su horrible suerte, a merced del asesino.

Pronto escuchó los pasos de él sobre los escalones, subiendo ahora más rápidamente. Por lo visto, se había decidido a terminar pronto.

Un nuevo grito escapó de entre los apretados dientes de la mujer, que siguió subiendo, enloquecida. Los pasos, a su espalda, iban acercándose cada vez más.

Al otro lado del callejón, se encendió una luz. Bessie la vio y lanzó un chillido agudo como el filo de una navaja. La ventana que acababa de iluminarse se abrió, y una cabeza asomó por ella, una cabeza adornada con bigudíes y que trató de ver entre las sombras que lo llenaban todo y los girones de niebla que se arremolinaban cual un sudario...

Bessie sintió que le faltaba el aliento. Estaba llorando histéricamente, y no encontraba fuerzas con qué gritar para pedir auxilio, por lo que se limitó a seguir subiendo hasta que vio aparecer ante sus ojos la sucia azotea. Se detuvo y volvió la cabeza. La mancha más oscura del hombre se acercaba..., casi llegaba ya a la altura de sus pies.

Entonces gritó. Gritó con tanta fuerza que le pareció que su garganta se desgarraba, y su grito se perdió en la noche, rebotando contra las fachadas, esparciéndose entre la niebla y llegando a oídos de la mujer que trataba de ver qué estaba sucediendo.

La vecina exclamó:

—¡Eh! ¿Qué pasa ahí? Que alguien llame a la policía...

Otras ventanas se abrieron, todas demasiado lejos para que pudieran servirle de ayuda...

Las manos de su perseguidor alcanzaron a rozarle un tobillo. Bessie dio un salto. Se encontró en la azotea, aspirando la niebla y los mil olores que se desprendían del barrio. Miró a su alrededor... Una salida..., una escapatoria...

No la encontró. Y, aunque la hubiera hallado, sus fuerzas no le habrían respondido. Quedó inmóvil, aterrada, paralizada de horror. Y así vio primero asomar una cabeza coronada por un sombrero que ocultaba en su sombra la cara de la muerte..., luego los hombros..., y el hombre saltó también a la azotea.

La mujer de los bigudíes en la cabeza gritó otra vez:

—¡Es ahí delante! ¿Qué ocurre?

—Otra voz intervino, procedente de otra ventana. Luego un concierto de alarmados vecinos inquirió a gritos qué estaba sucediendo, sin comprender que iban a ser testigos de la muerte de una mujer.

Bessie si lo sabía. Y, ante sus desorbitados ojos, estaba viendo al hombre que iba a arrebatarse la vida..., al hombre cuyas manos se estaban cerrando sobre su cuello... Un alarido brotó de sus labios y se extinguió brutalmente, al hundirse los pulgares en su garganta.

El alarido de agonía vibró por el callejón, coronó los edificios y descendió a la calle, amortiguado por la distancia. Pero la calle estaba desierta, a excepción de un hombre que estaba subiendo los peldaños de entrada a la casa, los mismos peldaños que minutos antes había subido el que llevaba la muerte en sus manos.

El recién llegado se detuvo, al escuchar el espeluznante grito. Levantó la cabeza. Susurró, asustado:

—¡Bessie!

Y echó a correr escaleras arriba. Sus pasos levantaron ecos en la dormida escalera, al saltar los escalones de tres en tres.

Estaba aproximándose al piso de la muchacha cuando hasta él llegó el nuevo grito de espanto, pero éste producido por una docena de voces cargadas de terror.

Empujó la puerta y entró de un salto al vacío apartamento. Entonces escuchó un sonido que de momento no identificó. Sonó como un apagado *plof*, como si un fardo blando acabase de estrellarse en la acera...

Corrió a la ventana, pero la negrura de aquella especie de pozo, y la niebla que lo llenaba, le impidieron ver nada, excepto el opaco resplandor de las ventanas de la casa frontera.

Los gritos seguían brotando de histéricas gargantas. ¿Qué mil diablos estaba ocurriendo?

—¡Bessie!

Su grito penetró por todos los rincones del apartamento.

En medio minuto hubo recorrido las dependencias. Casi sin darse cuenta, repitió su inútil llamada:

—¡Bessie!

Vio la abierta ventana de la cocina y sacó la cabeza. La gente en las ventanas del otro lado seguían gritando y hablando todos a la vez. Le pareció que encima de su cabeza, algunos pisos más arriba, unos pies golpeaban la metálica escalera de escape, alejándose en dirección a la azotea, pero antes de decidirse a subir, una aguda sirena atronó la calle e inmediatamente el chillido de unos neumáticos indicó que la policía, avisada por alguno de los alarmados vecinos, hacía acto de presencia.

El hombre asomado en la ventana vaciló. Ignoraba lo que estaba sucediendo en realidad, y tampoco tenía la seguridad de que el alarido hubiese sido proferido por Bessie, aunque la ausencia de ésta del apartamento le alarmaba.

Al fin, se decidió a actuar. Tanto si era Bessie como si era otra mujer la que se encontraba en un apuro, debía ayudarla, así es que se lanzó escaleras arriba.

La azotea estaba vacía. No vio ningún ser viviente en ella, a pesar de que la recorrió en toda su extensión, examinando todos los rincones. Decididamente, allí no había nadie.

Se dijo que quien fuese que anduvo antes por allí arriba, debía haberse escabullido saltando el muro que separaba la terraza de las otras vecinas. O tal vez se tratase de algún vecino del mismo edificio, que había entrado ya por la ventana de su apartamento.

Estaba pensando en todo esto cuando vio asomar la oscura gorra de uniforme por el borde de la azotea. El policía acabó de subir. Entonces descubrió el revólver de reglamento en su mano.

—Levante las manos y estese quieto —ordenó el agente.

—Se ha equivocado de hombre, amigo —respondió—. El tipo que andaba por aquí ha desaparecido...

—¿Sí? —La voz del guardia estaba cargada de sarcasmo. Luego añadió, seco—: Las manos detrás de la cabeza, tipo listo.

El hombre decidió obedecer. No había necesidad de buscar camorra.

Sin permitirle bajar las manos, el policía le obligó a descender por la escalera de escape. Mientras bajaba, le preguntó con brusquedad:

—¿Por dónde se ha metido usted en esta escalera para subir?

—Por la cocina de un apartamento... Esa ventana que tiene la luz encendida. —Ajá. ¿Y sabe usted a quién pertenece esa cocina?

—Claro.

—Bien, bien... Dígamelo.

—A una muchacha llamada Bessie Gray.

—Vaya con el niño —exclamó el policía—. No negará que la conocía.

—¡Claro que la conozco! Ha sido novia mía. —«Ha sido»...

El hombre comenzó a alarmarse, pero estaban llegando a la ventana alumbrada, y dejó las preguntas para después. Siempre cubierto por el revólver del agente, penetró en el apartamento y se volvió. Vio a un policía de mediana edad, con mechones grises surgiendo por los lados de la gorra, y se fijó en los acusadores ojos del representante de la ley.

—¿Qué pasa, guardia? —preguntó entonces—. ¿Qué demonios cree que está haciendo con el revólver?

No obtuvo respuesta hasta que otro agente, de uniforme, llegó al aposento. Miró al desconocido y gruñó:

—Así que le has echado el guante...

—Estaba en la azotea, tranquilo como una rosa. Seguramente nos dirá que andaba por allí tomando el fresco.

—¿Sabes cómo se llama?

—No, todavía no se lo he preguntado... De todas formas esto es cosa de la Brigada. Que se las entiendan con él. ¿Han identificado a la chica?

—Sí.

—¿Y...?

—Sí.

—Ajá... Y este pájaro reconoce que ha subido arriba desde este apartamento. A veces los de la Brigada tienen suerte. No tendrán que romperse los cascos en este caso.

El hombre que mantenía todavía las manos en la nuca miraba a uno y a otro, con ojos de asombro. No entendía nada de toda aquella charla, pero iba alarmándose por momentos.

Dos veces intentó hablar, y las dos veces le obligaron a cerrar la boca. Así permaneció hasta que llegaron otros hombres, éstos vestidos de paisano. El que, los capitaneaba se presentó a sí mismo:

—Sargento Jensen, de Homicidios. ¿Han sido ustedes quienes nos han llamado?

El de uniforme asintió, y los dos hombres se apartaron a un

rincón, donde permanecieron varios minutos hablando con voz queda. De vez en cuando, el sargento dirigía miradas cargadas de interés hacia el hombre que permanecía apoyado en la pared, todavía con las manos en la nuca.

Finalmente, los dos policías se separaron. Los dos patrulleros salieron de la habitación, y el que se había presentado a sí mismo como sargento Jensen se acercó al detenido.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó secamente.

—John Henderson. Yo...

—A callar. Límitese a responder a mis preguntas. ¿Ha entrado usted en ese apartamento antes de ser conducido a él por el guardia?

—Sí.

—¿Cómo lo ha hecho, tiene una llave? ¿O la chica le ha abierto la puerta?

—Nada de eso... ¿Puedo bajar los brazos, sargento? Me duelen de...

—Manténgalos arriba y conteste a lo que le he preguntado.

—¡Maldita sea! ¿Qué demonios se figura usted?

Bajó las manos violentamente, sintiendo agujetas en los brazos.

Uno de los hombres que había llegado con el sargento, se acercó con un chato revólver empuñado.

—¡Arriba, holgazán! —ordenó.

Estupefacto, John Henderson obedeció. ¿Qué demonios ésta ocurriendo?

—¿Cómo ha entrado? —insistió el sargento.

—La puerta estaba abierta, igual que la de la calle. Bessie me esperaba.

—¿Le esperaba? No me diga...

—Sí, me había llamado por teléfono, pidiéndome que viniera. Tenía algo muy importante para decirme... Por eso no me ha extrañado encontrar las puertas abiertas, hasta que he visto que ella no estaba aquí. Entonces he oído ruido fuera y...

—Guárdese el cuento para más tarde, amigo. Ya tendrá tiempo de soltarlo. Aunque le diré que no ha sido nada inteligente. Es el trabajo más burdo con que he tropezado en mi vida.

—Pero ¿de qué está acusándome? —estalló, al fin, Henderson.

Jensen le miró fijamente.

—De la muerte de Bessie Gray... Y le diré cómo lo ha hecho, no se necesita ser una lumbrera para verlo. Ha entrado usted en el apartamento, ella se ha asustado y ha huido por la escalera de incendios. Debía correr completamente enloquecida, de otra manera se hubiera lanzado hacia la calle, no hacia la azotea. Bien, usted la ha perseguido, alcanzándola arriba. Los gritos de la muchacha han despertado la alarma entre los vecinos, y uno de ellos ha llamado a la policía. Estoy seguro que habrá alguno que les ha visto a ustedes..., incluso en el momento en que usted la estrangulaba y, también, cuando Ja ha arrojado; por encima de la barandilla, a la calle.

John Henderson quedó paralizado de espanto, no tanto por la absurda acusación como por las noticias que recibía. ¡Bessie asesinada!

Le costó un gran esfuerzo recobrar la voz, pero cuando se disponía a protestar, el sargento se lo impidió con un gesto, al mismo tiempo que ordenaba a uno de sus hombres:

—Llévenselo. Ya hablará cuando esté en nuestro salón de recibo...

—Pero... Oiga, yo...

La voz angustiada de Henderson quedó ahogada al cerrarse la puerta. Se vio empujado escaleras abajo, metido en un coche y trasladado a gran velocidad hacia la Central.

A partir de entonces, el destino se precipitó sobre él, zarandeándole, aplastándole cual una gigantesca bota sobre un indefenso insecto.

Dos meses más tarde era condenado a muerte. El jurado había deliberado exactamente diez minutos.

## CAPÍTULO PRIMERO

Está sentada delante de mí. Es una mujer que tiene todo lo que en Hollywood se precisa para llegar a la cumbre, y lo tiene en abundancia. Incluso su rostro es una perfección de rasgos ardientes, pero no exentos de esa ingenuidad que nos hace desear intimar mucho más con ella, tal vez para que deje de ser ingenua.

Sus grandes ojos están fijos en mí, anhelantes, casi suplicantes. Pero yo no veo qué puedo hacer para ayudarla. Lo que pretende es una locura en todos los aspectos. —Sin embargo— digo suavemente —, lo condenaron...

—Sí, pero...

La interrumpo, tal vez demasiado abruptamente:

—No comprendo qué es exactamente lo que espera usted conseguir con esto. Un juez y doce jurados hallaron que John Henderson era culpable, y le condenaron a muerte. Para usted, que es su novia y lo ama, es un duro golpe, mas a pesar de esto considero una locura tratar de demostrar a estas alturas que su John Henderson es inocente...

Hace un ademán de desesperación, pero no la dejo hablar. Los malos tragos pasarlos pronto. Continúo:

—Un momento, déjeme terminar. Ya me ha dicho que cree usted en la inocencia de su prometido. Bien. Ahora deme una razón, una sola, por la que deba creerlo yo. Y, lo que es todavía más importante, para convencer a un tribunal que revise el caso.

Las lágrimas asomaban a sus ojos. Comprendo que el asunto se embrolla, pero no puedo aceptar lo que ella pretende.

Su voz es apenas un susurro cuando habla:

—Sé que John no hizo esa cosa tan horrible... El mismo me ha jurado que es inocente.

¿Cree que un hombre podría jurar en falso?

—Eso no es válido para pedir la revisión.

—Ya lo sé. Por eso quiero que usted investigue..., que busque las pruebas necesarias para salvarlo... Tienen que existir...

—La policía no las encontró.

Ahora se encrespa. Irguiéndose en la butaca, me mira con ojos centelleantes y estalla:

—¡La policía! Ni siquiera se molestaron en escucharle... Le consideraron culpable desde el primer instante, y ya no quisieron buscar más evidencias que las que contribuyeron a condenar a John... Y en alguna parte hay un criminal que se está riendo de todos ellos ahora, contemplando cómo un inocente va a pagar un crimen que él ha cometido.

No hay duda de que la muchacha está convencida de lo que dice. La fuerza de su amor es maravillosa, y su fe en el condenado me parece digna de todo elogio. Pero todo esto no es suficiente para que yo vaya a jugarle la cara por ella.

Trato de salir por la tangente y le digo:

—¿Ha consultado usted con algún otro detective, antes de venir a verme?

—No...

—¿Por qué no lo hace? Así comprobará la opinión de varios profesionales.

—No necesito saber la opinión de nadie, míster Duncan. He venido a contratarle para que haga un trabajo, eso es todo. Un trabajo que servirá a la justicia y salvará un inocente. —¿Por qué ha venido directamente a mí?

—¿Cómo?

—Hay docenas de detectives en Los Ángeles, todos ellos establecidos aquí desde hace más tiempo que yo. ¿Por qué se ha decidido por mí?

Vacila. Por primera vez rehúye mi mirada, pero de pronto reacciona y me mira con su decisión de costumbre.

—Soy amiga de Alma Foster... Ella me ha hablado de usted.

Pego un respingo. ¡Alma Foster!

—¿Dónde está Alma actualmente? —pregunto, verdaderamente interesado.

—Se han establecido aquí, en Los Ángeles... Anthony, su esposo, ha invertido mucho dinero en una empresa cinematográfica. Me han hablado de lo que hizo usted por ellos..., y por el chiquillo...

—¿Lo tienen con ellos?

—Sí.

—No sabe cuánto me alegro. Forman una magnífica pareja. Bien, de todas formas sigo sin ver solución a su problema, muchacha.

—Le pagaré bien. No le exijo que demuestre la inocencia de John, mister Duncan, sino que trate de encontrar pruebas en su favor. Las suficientes para hacer que un jurado acceda a revisar la causa.

—Escuche, señorita Durbin. Hace escasamente tres meses que me he establecido aquí. Tuve que alejarme de otra ciudad porque me enfrenté con la policía al resolver un asunto. Si acepto su encargo, voy a encontrarme con lo mismo aquí. El caso de John Henderson ha sido archivado por la ley. El fiscal se ha lavado las manos, tras obtener una condena, y la policía se ha pavoneado delante de los periodistas, presumiendo de su fulminante eficiencia.

¿Qué cree que harán conmigo, si ven que trato de ponerlos a todos en ridículo?

—¿No piensa usted en lo que han hecho ellos con un hombre inocente?

Eso es lo malo: que estoy pensando precisamente en John Henderson y su drama. Sin embargo, me resisto a creer en su inocencia. Por regla general, la justicia no comete errores de semejante tamaño. Por lo menos, no tan a la ligera.

Muriel Durbin sigue con sus ojos clavados en mí. La humedad que hay en ellos les arranca destellos acerados. Hay una inmensa decisión tras la suplicante mirada. Insiste:

—¿No piensa usted que un inocente va a entrar en la cámara de gas para lucimiento de unos ineptos? No han querido escucharle. No han creído una sola palabra de las declaraciones de John.

Los sollozos impiden que siga hablando. Necesito un trago. Las lágrimas de las mujeres siempre han desbaratado todas mis resoluciones. A veces pienso que si fuese más insensible a esas lágrimas, no me vería metido en tantas dificultades.

Al diablo. Algo hay que decidir.

Pienso en Alma Foster. También ella lloró, aunque en su caso las lágrimas iban destinadas a hacerme desistir de mi trabajo. No la complací y eso fue una suerte.

—Vamos a hacer un trato —digo finalmente—. Investigaré cuánto usted me ha dicho. Buscaré algún indicio que me demuestre que John Henderson es realmente inocente. Si adquiero esa seguridad, nada ni nadie me impedirá seguir adelante hasta el final. ¿Está de acuerdo?

Un relámpago de alegría brilla en su mirada. Casi se levanta, de tan excitada como se pone.

—Eso es suficiente, míster Duncan.

—Quede bien entendido que si después de esta investigación preliminar, yo creo que él es culpable, abandonaré el trabajo. No quiero que haya dudas al respecto.

—Le entiendo perfectamente —asiente, tan agradecida que nuevas lágrimas se deslizan por sus mejillas—. Estoy segura de que lo conseguirá usted. Alma... Ella dice que le debe su felicidad.

—Exagera. No soy ningún Papá Noel para ir repartiendo felicidad por el mundo. Me dedico a mi negocio y procuro trabajar bien, eso es todo.

Se levanta. Tiene una figura majestuosa. Me pregunto qué tendrá ese John Henderson para enamorar a una mujer como ésta, y enamorarla hasta el extremo que está demostrando.

—Tiene usted mi tarjeta, míster Duncan. Llámeme cuando obtenga algo para mí. En cuanto a sus honorarios...

—Olvídese de eso, por lo menos de momento. No me consideraré contratado hasta haber adquirido la seguridad de hacer el trabajo. Entonces hablaremos de dinero. ¿Le parece bien?

No sabe cómo agradecermelo. Su mano oprime la mía cálidamente. Pienso que no me costaría nada enamorarme de esta mujer. Tiene todo lo que uno puede desear y algo más. Y su boca es un compendio de lo que debe ser.

La veo marchar andando con su gracioso contoneo, y ya ha desaparecido cuando reacciono y cierro la puerta de mi flamante oficina. Entre estas paredes sigue flotando su perfume, un aroma delicado que le hace soñar a uno con los placeres de un edén.

Bien, ya tengo trabajo. ¡Y vaya un trabajo! Enmendarle la plana a la policía no ha sido nunca saludable. Sin embargo, si es cierto que John Henderson es inocente... Bien, habrá que inquietar un poco al D.A.

Salgo a la calle y el sol de California cae sobre mí con más

grados de los que desearía. Desisto de emplear el coche y tomó un taxi, que me conduce directamente al edificio de *Los Ángeles Times*, donde paso el resto de la tarde leyendo todas las informaciones que se publicaron sobre el crimen y subsiguiente proceso. No me gusta mucho lo que leo. Todo ello señala al procesado como único y posible autor de la muerte de Bessie Gray. ¿Me habré dejado engatusar como un novato?

Releo detenidamente las declaraciones de los testigos. Eso me lleva un tiempo considerable, pero cuando termino, hay algo en mí que vacila. Si bien las declaraciones coinciden, ninguno de los testigos del crimen pudo identificar claramente a John Henderson como el hombre que había subido tras la muchacha. Aquí puede haber algo, aunque bien es verdad que, según se desprende de lo que acabo de leer, aquella noche y en aquel barrio portuario había una espesa niebla y estaba muy oscuro para ver nada con claridad.

Abandono el archivo del periódico. Al llegar a la calle, veo que ha cerrado la noche. El sol despiadado del día ha dejado paso a una brisa húmeda procedente del Pacífico, que refresca el ambiente.

Mi mente es un caos. Me resisto a forjarme esperanza alguna basada en lo que acabo de leer, pero no puedo evitar preguntarme si sería posible infundir la duda en las cabezas de los testigos hasta hacerles reconocer que no tenían la más ligera idea de la personalidad del asesino. ¿Por qué el abogado defensor no los pulverizó cuando los tuvo en el banquillo?

Decido que es preciso ver el escenario del drama, pero antes necesito complacer las exigencias del estómago, de manera que entro en el primer restaurante que hallo al paso y ceno frugalmente. Después pido café negro y sigo pensando en el problema. Todo se haría más fácil si tuviese amistad con algún policía, pero soy nuevo en la ciudad y sólo conozco al oficial que intervino en la ratificación de mi licencia. No puedo acudir a él en busca de informes. Sería tanto como desencadenar la tempestad antes de tiempo.

Un taxi me conduce hasta el dédalo de callejas oscuras que bordean los muelles de carga. Andando por ellas me imagino que el asesino debió también recorrerlas no hace mucho tiempo, llevando en su mente la idea de la muerte. Me digo que estas calles son ideales para esa clase de dramas. Oscuras, casi desiertas, y con jirones de húmeda niebla flotando como grises fantasmas,

contribuyendo a dar su aire tétrico a cuánto me rodea. Los directores de películas de «suspense» deberían explotar a fondo este escenario.

Pierdo mucho tiempo orientándome, pero al fin localizo Ocean Street, y tras nuevas pérdidas de tiempo para encontrar el número que busco, penetro en la casa del crimen. Me detengo en el zaguán, oscuro y desierto. Trato de formarme una idea del ambiente del edificio, de sus vecinos. El silencio me rodea. Luego, despacio, subo las escaleras hasta el quinto piso. Descubro que algunos de los gastados peldaños crujen al pisarlos.

Parado en el rellano, me pregunto qué utilidad tiene lo que estoy haciendo. Al fin me decido y aprieto el botón del timbre correspondiente al apartamento que en vida ocupó Bessie Gray. No creo que esté ocupado, pero uno nunca sabe.

Nadie responde. Repito la llamada un par de veces más para estar seguro, y tras esto, saco una delgada lámina de acero y trabajo con ella en la cerradura, que cede antes de un minuto.

Bueno, estoy jugándome la licencia, pero no es la primera vez que violento una puerta. Por otra parte, estando el apartamento deshabitado, no es fácil que puedan acusarme de intento de robo.

Es un nido tan pequeño que en pocos minutos puede Uno registrarlo de cabo a rabo. Como estoy seguro que la policía lo ha pasado por un tamiz, me limito a dar un vistazo, escrutando cuánto veo y formándome una idea de la mujer que lo habitó. Únicamente me detengo algo más delante de una mesa adosada junto a la pared. A juzgar por su aspecto, debió servir como escritorio. Posee varios cajones, y los examino uno a uno. Todo su contenido está desordenado, amontonado de cualquier manera, prueba evidente del paso de los polizontes.

Hay algunas cartas de otras mujeres que no tienen ningún interés. Un buen montón de facturas sin pagar. Con ellas en la mano pienso en Bessie Gray. A juzgar por el apartamento y el barrio en que está enclavado, no debió ser tan importante como para merecer tanto crédito. ¿Por qué se lo concedieron? Eso es algo que merece ser aclarado.

Rápidamente me embolso las facturas, y sigo buscando. Pero la suerte no está de mi parte, por cuanto no descubro nada que valga la pena.

Abandono el registro y penetro en la cocina, la pieza clave del crimen, a juzgar por lo que he leído. Asomo la cabeza por la ventana. Jirones de niebla se deslizan por el estrecho cañón de cemento, acero y cristal. Algunas opacas luces brillan tras las ventanas. El silencio es total. Me pregunto si aquella noche el ambiente fue parecido a éste.

Al fin me decido y emprendo la ascensión por la escalera de escape, pisando con cuidado para no alarmar a nadie.

La azotea está tan sucia que parece un estercolero. Mentalmente reconstruyo el crimen, basándome en los informes periodísticos. Creo que no tengo ninguna duda de la manera cómo se llevó a cabo, y decido que el hombre que asesinó debe tener unas manos extraordinariamente fuertes para estrangular a una mujer en tan corto tiempo y levantarla después por encima de la elevada barandilla para arrojarla a la calle.

Decido emprender el regreso, pero esta vez el destino se tuerce y sólo consigo descender dos tramos de escalera. Estoy delante de una oscura ventana, con la mente ocupada por algunas ideas muy curiosas, cuando una catarata de luz se desparrama sobre el metálico rellano, inundándolo y dejándome a mí tan iluminado como una «*vedette*» en la pasarela. Al mismo tiempo, y como brotado de la nada, me encuentro ante un desconocido que me mira con muy mala cara.

Está en pie al otro lado de la ventana abierta, y durante un instante nos miramos a los ojos con fijeza. Después es él quien toma la palabra:

—¿Qué anda usted buscando aquí a estas horas?

Francamente, quedo tan sorprendido que no acierto a responder. Detrás del hombre aparece una mujer envuelta en una tenue bata de casa, rameada de vivos colores. La dama está asustada, de eso no hay duda. Sus dedos se crispan sobre el brazo de su marido, mientras me mira con desorbitados ojos.

El tipo repite:

—¿Qué busca aquí? ¿Quién es usted?

Al fin recobro la voz y trato de sonreír. Digo:

—No se alarmen. Puedo explicar mi presencia aquí perfectamente.

—Será preferible que pueda hacerlo o tendrá que contarle su

historia a la policía. Vamos, ¿quién es usted?

—Un momento.

Hago un ademán para sacar mis credenciales, pero seguramente los dos asustados vecinos sospechan que voy a sacar un arma y veo asomar por el borde de la ventana el cañón de un revólver enorme, antiguo y de aspecto inquietante.

—Las manos quietas, amigo —dice el fulano—. No crea que me encontrará desprevenido.

—Iba a mostrarle mi documentación, eso es todo. No tienen por qué temer.

—Está bien, saque sus papeles, pero mucho cuidado con que sólo asomen éstos. Este trasto funciona perfectamente.

Balancea la reliquia que esgrime en su mano. No tengo malditas las ganas de saber si funciona o no. Sus proyectiles deben parecer obuses.

Con precaución, le muestro mi credencial. El hombre la toma y la estudia detenidamente. Cuando levanta la cabeza, en su mirada hay un mar de dudas.

—¿Un detective? —Gruñe—. ¿Qué cree encontrar aquí?

—No lo sé. Estoy dando un vistazo solamente.

La incongruencia de mi respuesta no parece gustarle en absoluto. Retrocede unos pasos hacia el interior de la iluminada habitación, sin devolverme mi licencia.

Entonces ordena:

—Vamos, entre.

Salto la ventana y me encuentro en una sencilla estancia amueblada con lo más indispensable. El hombre ha retrocedido un poco más para quedar fuera de mi alcance.

—Bien... —murmura, sin apartar su mirada de mí.

Veo a la mujer colocarse a su lado y mirarme también como si estuviera delante del mismo Lucifer.

—¿Quiere devolverme la licencia, por favor? —pido con tanta tranquilidad como puedo reunir.

Vacila. Se cruzan una rápida mirada entre ellos. Al fin se decide y me entrega el documento, que guardo con lentos ademanes. Entonces creo llegado el momento de intentar sacar algún provecho del contratiempo.

—Estoy aquí por encargo de cierto cliente —explico—. Me ha

encomendado una tarea un poco extraña, y, como es lógico, confidencial. Y para empezar mi trabajo era necesario que diera un vistazo al lugar donde se cometió el crimen.

—Así que es eso.

—Exactamente.

—¿Y qué esperaba encontrar en la azotea?

—Nada. Solamente quería formarme una idea del escenario del drama. A veces es necesario conocer el ambiente donde se han desarrollado los hechos para comprenderlos.

—Sí, supongo que debe ser así. Pero aquí estamos todos muy alarmados desde entonces, ¿comprende? Por eso tomamos nuestras precauciones.

—No veo la razón de semejante alarma. Ustedes saben que el asesino está en la cárcel...

—No se trata del crimen —me interrumpe con más animación.

Aguzo os oídos. Pienso que de aquí puede surgir algo de interés.

—¿No? ¿Es que ha sucedido algo más, desde entonces?

—Sucedió la misma noche. Y nadie quiere que se repita. No por lo que puedan llevarse. Ya ve usted que aquí poco hay de valor, sino por el susto... o el daño que pueden causar.

Saco un paquete de cigarrillos y les ofrezco a los dos. Ambos aceptan. Enciende también uno para mí, y disimulo mi interés. Pero tengo que preguntar otra vez si quiero enterarme de lo que pasó.

—¿Algún robo?

—Si —responde, al parecer olvidado ya de sus temores—. Un robo estúpido, si es que mi opinión vale de algo.

—Interesante —comento—. No había oído una palabra de eso.

Decididamente, ya soy persona de su agrado. La mujer me señala un sillón.

—Siéntese, por favor.

Lo hago. El marido sonríe por primera vez.

—Lamento lo del revólver, amigo. Pero en cuanto he oído sus pasos ahí fuera, he pensado que tal vez fuera el mismo ladrón de la otra vez, que había decidido repetir su broma.

—Cuénteme lo de ese ladrón.

—Poco hay que contar. Entró en el piso de abajo. En él vive una mujer sola, ¿sabe usted? Y como trabaja desde las seis de la mañana hasta la noche, llega a casa tan rendida que cuando se acuesta no

hay nada capaz de despertarla. Bien, aquella noche ella estaba durmiendo y no se enteró de nada. Creo que ni una bomba sería capaz de romper su sueño. Y entonces entró el ladrón, y seguramente para que ella no le descubriese, la golpeó brutalmente en la cabeza con una estatuilla que encontró a mano. Después, desvalijó lo que quiso y se marchó tranquilamente por la puerta, cuando se hubo calmado el jaleo de la policía que estaba investigando el crimen.

Todo esto me da mucho que pensar, y acabo preguntando:

—¿Se llevó algo de valor?

—¡Qué va! Tonterías. Siempre he creído que era un principiante, aunque con unos nervios muy bien templados. Ahí es nada, meterse en una casa, ver llegar a la policía y permanecer tranquilo, en silencio, junto a una mujer a la que se ha golpeado, y esperar a que los policías levanten el campo para marcharse.

—Bien, pero ¿qué se llevó?

—Diez o doce dólares, una sortija de poco valor y una pulsera vieja, aunque de oro. Una de esas chucherías que se estilaron hace años... en forma de serpiente enroscada y con dos pequeñas esmeraldas en lugar de ojos.

—Ya sé. Hubo una época en que hicieron furor. Incluso había anillos por ese estilo. ¿Y nada más?

—Nada más. Debía haber comprendido al ver esta casa que aquí no vivía, ningún pariente de Rockefeller.

—Es un robo estúpido.

—De un principiante, seguro —repite, convencido—. Sólo un aprendiz es capaz de golpear a una mujer que está durmiendo, por temor a que despierte. Por regla general, sólo emplean la violencia cuando la víctima despierta, no antes.

—¿Y esa mujer no vio al ladrón, no despertó en ningún momento?

—¿No se lo he dicho? Dormía tan completamente que no se enteró de nada de lo que sucedía fuera. Y seguro que tampoco habría descubierto al asaltante, pero el tipo la golpeó de tal manera que tuvieron que colocarle siete puntos de sutura en la cabeza.

—Qué salvaje...

—Ya puede afirmarlo.

Quedamos en silencio. Por mi parte estoy muy ocupado

pensando en el extraño salto. El hombre y la mujer se miran un instante. El hace un gesto con la cabeza y la mujer se levanta y se dirige a la puerta. Eso me obliga a salir de mis reflexiones.

—¡Eh! —exclamó—. No irá usted a llamar a la policía...

—No. Voy a buscar algo de beber.

Desaparece. Poco después regresa con unas bebidas. Comienzo a creer que he estado de suerte.

El *whisky* es de mala calidad, pero no es momento de andarse con remilgos, así es que bebo lentamente hasta terminarlo. Entonces indago:

—¿Qué dijo la policía de ese robo?

—Apenas si le dieron importancia. Estaban demasiado entusiasmados con el crimen.

—Ya veo. Y ustedes, ¿estaban aquí aquella noche?

—No. Fuimos al cine. Al regresar nos encontramos con todo esto invadido por la policía y los reporteros. No nos dejaron entrar en casa hasta casi el amanecer. —Comprendo.

Nuevo silencio. Hay algo que me gustaría averiguar, ya que estoy aquí, pero temo que mis preguntas les den a entender lo que ando investigando realmente. Pero si quiero enterarme no hay otro camino.

—¿Conocían ustedes a la mujer asesinada?

—¿A Bessie Gray? Bien, no puede decirse que la conociéramos. Llevaba muy poco tiempo viviendo aquí.

Ahora es la mujer la que interviene, ya perdido todo temor.

—Nos habíamos encontrado alguna vez por la escalera. Ya sabe usted lo que sucede.

Unos saludos y nada más. Era muy agradable.

—¿Se había mudado recientemente?

—No llevaba ni dos semanas viviendo aquí cuando murió.

—Y supongo que no recibiría muchas visitas.

Se miran nuevamente. Después, el hombre esboza una sonrisa.

—¿Sabe usted? Yo creo que se había instalado aquí para poder reunirse con él, con su amigo. Tres o cuatro veces se había escuchado, la voz de un hombre en el apartamento. Un hombre que tenía la llave... La misma llave que fue encontrada en la cerradura la noche del crimen. El administrador le entregó dos llaves, cuando vino a vivir aquí, y las dos fueron halladas por la policía. Una en la

cerradura y otra en el bolso de la pobre muchacha.

Pienso que esto no ayuda en nada al condenado. Es del dominio público que John Henderson fue novio de la Gray. Nada de extraño tiene, pues, que ella le entregase una llave.

Me levanto. Creo que ya no puedo sacar nada más de ese par de amables vecinos. Ninguno recuerda ya el susto del principio.

Después de darles las gracias, me acompañan hasta la puerta. Allí él me pide que no mencione la conversación que acabamos de sostener.

—Ya sabe usted lo que ocurre en estos casos —dice—. Sólo se obtienen quebraderos de cabeza.

—No tiene nada que temer. Lo nuestro ha sido una charla privada. El asunto que me ocupa no se relaciona con nada de esto.

Nos estrechamos las manos, y abandono la casa mucho más preocupado que antes de venir a ella.

Mientras ando por la acera, fumando y dándole vueltas a todo lo que acabo de saber, pienso que voy a tener que sostener una entrevista con John Henderson, aunque habrá que hacerlo de manera que la policía no sospeche qué estoy buscando. De lo contrario, creo que deberé emigrar pronto de Los Ángeles, y malditas las ganas que tengo de cambiar de aires por segunda vez.

## CAPÍTULO II

Acabo de tomarme el café y llamo a Muriel Durbin. Tal vez ella pueda ser la palanca que facilite mi visita al condenado.

Oigo su voz a los pocos instantes. Después de los saludos, le digo:

—Necesito verla cuanto antes. ¿Puede acudir usted a mi oficina, o nos encontramos en alguna parte?

Vacila. Luego, decide:

—Estaré la mayor parte de la mañana en la *Morton Gallery*. Podríamos vernos allí, ¿no le parece?

—Eso es una exposición de arte, ¿no?

—Sí. Exhibe las últimas pinturas de John.

Recuerdo que en las informaciones de los periódicos se hacía referencia a la profesión del condenado. Pintor.

—De acuerdo. Acudiré tan pronto como pueda —le prometo.

Pero ella no cuelga todavía. Está impaciente por saber algo definitivo, y pregunta con voz tensa:

—¿Qué ha decidido usted, míster Duncan?

—Nada todavía, pero hay algunos puntos que deseo discutir con usted.

—Pero habrá averiguado algo.

—Cierto, y hay algunas cosas que me parecen cuando menos curiosas. Ya hablaremos.

Cuelgo el aparato y termino de vestirme. Después, tomó rumbo, a la oficina, por si hay algo interesante en el correo. Lo único que encuentro son facturas pendientes de pago que me apresuro a enterrar en el fondo de un cajón, pero ellas me recuerdan algo.

Saco las facturas de que me apoderé en el apartamento de Bessie Gray, y las extiendo sobre la mesa. Las examino una a una. Casi todas son por compras efectuadas por Bessie en distintos comercios de modas, zapaterías y perfumerías. Pero hay una que separo de las

demás porque merece atención preferente.

Corresponde a un motel cercano a San Diego. Es la cuenta cancelada de un fin de semana y está a nombre de Bessie Gray, aunque el importe de los extras me hace suponer que debieron ser dos las personas alojadas en la correspondiente cabaña. Sin embargo, la factura va a nombre de la muchacha. Por lo menos, resulta curioso. Decido que habrá que hacer algunas preguntas en el motel al respecto, y guardo la factura aparte de las demás, que meto en la caja fuerte.

Después salgo de la oficina y voy en busca del coche. Lo encuentro aprisionado entre otros dos, tan justo que no hay manera de penetrar en él, a menos de mover a los dos vecinos. Me pregunto para qué me sirve el condenado cacharro, si cuando lo necesito no puedo utilizarlo, a menos de sacarlo con una grúa.

En vista del éxito, llamo a un taxi y le digo que me lleve a la *Morton Gallery*. Durante el camino pienso en Muriel Durbin. Cada vez que la recuerdo me digo que podría amarla, incluso sin proponérmelo. Es una de esas mujeres fuera de serie, de las que hacen soñar con sólo verlas. Después mis pensamientos toman otros rumbos y me encuentro preguntándome a mí mismo por qué diablos he de exponerme a tener disgustos con la policía, por un caso que probablemente esté perdido de antemano. A pesar de eso, y aunque no me atreva a confesármelo a mí mismo, sé que por poco que me guste John Henderson, y según qué opinión saque de él durante la entrevista, aceptaré el trabajo, y al diablo todo lo demás.

El taxi se detiene delante de la galería de exposiciones. Antes de entrar, enciendo un cigarrillo y trato de adivinar qué clase de pintura será la que voy a contemplar. Como sea uno de esos camelos abstractos, estoy listo. Tendré que buscar un rincón apartado para hablar con Muriel, donde no pueda ver los abortos colgados en las paredes.

Afortunadamente, me he equivocado. No se trata de nada abstracto. Son unas telas llenas de colorido, de expresión recia, y que todo lo más pueden catalogarse como impresionistas. Si es cierto que la obra refleja el carácter de su autor, Henderson debe ser un tipo muy voluntarioso, con un carácter bien templado y recto, lo más opuesto al criminal sádico que darse pueda.

Doy una vuelta por la sala, contemplando los paisajes expuestos,

borrachos de luz y colorido. Hay también algunas figuras que contribuyen a afirmar la primera idea sobre el artista.

Hay bastante gente, a pesar de lo temprano de la hora. Supongo que es debido a la publicidad que representó el proceso del autor, pero veo que el público comenta la calidad de la pintura, no la condena del pintor.

Busco a Muriel por todas partes, pero no logro descubrirla. Tal vez no haya llegado todavía. Sigo mi recorrido por la extensa galería. Me gustan esos cuadros.

Quince minutos más tarde, veo a la muchacha en animada conversación con un tipo muy acicalado, demasiado para mi gusto. Más parece un figurín que otra cosa. Me acerco a ellos sin prisa, esperando que terminen su charla pero cuando estoy lo bastante cerca para percibir sus voces, me doy cuenta de que están discutiendo acaloradamente, aunque tratan de disimular la vehemencia de sus palabras para no llamar la atención de la gente. El hombre está muy pálido, tanto que parece a punto de desmayarse. Manotea en el aire para dar mayor énfasis a sus afirmaciones. Tiene unas manos blancas y finas como las de una damisela. Ahora percibo también la suavidad de sus mejillas y el brillo asustado de sus ojos. No me gusta el tipo.

Muriel, como contraste, habla con indignación, casi violentamente, y su rostro está arrebolado por la excitación. Parece a punto de abofetear al delicado figurín que trata de calmarla.

Sin anunciar mi presencia, avanzo unos pasos más y me estaciono distraídamente ante una de las pinturas, lo bastante cerca para entender lo que están diciendo. Es Muriel quien habla.

—... No he terminado con usted —está diciendo—. Cómo debió alegrarse de la condena de John, ¿verdad? Vio la oportunidad de estafarle una fortuna, sin que él pudiera defenderse. Es usted un cerdo, Edgerton.

—Por favor —suplica el tipejo, casi sin voz—. Hablaremos de todo esto más tarde, en mi oficina, tal vez haya algún error.

—Nada de errores. Hay una inmensa estafa, y usted lo sabe porque es quién se embolsa el dinero. Y me pregunto desde cuándo dura semejante negocio. Creo que voy a enterarme de eso también. ¡Qué sinvergüenza!

—Está usted excitada, querida. Nunca he pretendido quedarme

con dinero que no fuese mío.

—Embustero —le suelta la muchacha, sin tapujos—. John tenía confianza en usted. Le entregó sus cuadros mucho antes de que fuera detenido. Pero, por lo visto, a usted no le basta con el tanto por ciento que le queda de las ventas.

El tipejo parece a punto de sufrir un ataque. Me doy cuenta de que algunos espectadores se han acercado, y miran a la pareja con curiosidad, interesados por la bronca.

El tal Edgerton se da cuenta también e inicia la retirada, dejando a Muriel con la palabra en la boca. Es la única manera de escapar al chaparrón.

La joven se calla. Un poco avergonzada, mira a su alrededor y descubre a los curiosos.

Al mismo tiempo me ve a mí y se acerca, todavía agitada por la indignación.

—¿Cómo está usted, míster Duncan? —murmura, con voz temblorosa.

—Muy bien —digo irónicamente—. Aunque con menos energías que usted. ¿Qué le pasa con ese figurín?

—¿Edgerton? ¡Valiente granuja! Pero vayamos a cualquier parte donde podamos hablar. Creo que ya he llamado bastante la atención aquí.

Nos apartamos de la gente. Ella decide que dentro de la exposición no vamos a gozar de tranquilidad suficiente y salimos a la calle. Al otro lado hay un café, y allí encaminamos nuestros pasos.

Una vez acomodados, y con sendas tazas de café delante nuestro, ella murmura:

—Nunca pude imaginar tanta doblez.

—¿A qué se refiere?

—A Edgerton. Sabe que John está encerrado, metido en un verdadero apuro, y sólo piensa en estafarle. Por lo menos se ha quedado con cinco mil dólares pertenecientes a John.

—¡Atiza!

—Ha vendido la mayoría de sus cuadros, cobrándolos a un precio elevado, y al hacer las cuentas para John, ha consignado unos precios de venta mucho más bajos. Así se explica que posea una fortuna.

—Un tipo espabilado, ¿eh? ¿Y qué piensa usted hacer?

—Obligarle a pagar todo este dinero, naturalmente. Y le exigiré una revisión de cuentas de todos los cuadros que lleva vendidos hasta ahora, procedentes de otras exposiciones.

—Creo que es lo más acertado.

—Pero hablemos de su trabajo, míster Duncan. ¿Ha decidido algo en definitiva?

—Pues... He hallado algunos datos de interés, sin duda alguna, pero nada lo suficientemente claro para darnos una esperanza. Sin embargo, quisiera hablar con su prometido, si eso fuera posible.

—Hay que solicitar un permiso, usted sabe... No creo que haya dificultades...

—Un momento —la interrumpo—. No quiero presentarme personalmente a pedir ese permiso. La policía podría empezar a preguntarse qué interés tengo yo en el asunto, y de momento eso no nos interesa. Usted deberá pedir la autorización para ver a John, ¿me entiende? Una autorización a nombre de usted, acompañada de... pongamos... su primo Mark, que soy yo.

—Comprendo. Lo haré. Y ahora dígame qué es lo que ha encontrado usted que le parezca interesante.

—Un robo muy curioso.

—¿Qué?

—La misma noche del crimen, alguien entró en uno de los pisos de aquella casa y robó unas tonterías, después de aporrear a una pobre mujer que estaba durmiendo. Y yo me pregunto qué clase de ladrón sería éste... Creo que el tipo entró allí durante el asesinato o poco después.

De momento no comprende lo que quiero dar a entender, pero luego pega un respingo y sus ojos se agrandan por el asombro.

—¡Santo Dios! —susurra.

—Exactamente. Si damos por sentado que John es inocente..., podríamos muy bien suponer que el fulano que entró en aquel piso era el asesino.

—Pero ¿y el robo?

—El hombre tuvo miedo de que la mujer le viera. Con los gritos del exterior era fácil que ella despertase, y entonces le hubiera descubierto. Por eso la golpeó para impedirlo. Naturalmente, entonces tenía que justificar esos golpes para que no fueran

relacionados con el crimen, y robó lo primero que encontró a mano. La prueba de que fue una buena idea es que la policía apenas si le hizo ningún caso a la mujer aporreada.

—¿Y aún duda usted, después de eso? —exclama, entusiasmada.

—Tómelo con calma. Una cosa es una teoría y otra muy distinta una prueba que haga vacilar a un juez, hasta el extremo de solicitar una revisión del proceso. Después de todo, puede tratarse de un ladrón, un principiante asustadizo. Ahora bien, lo que sería muy importante es saber el momento exacto en que entró el ladrón, ¿se da cuenta? Si era realmente el asesino, debió hacerlo cuando ya John Henderson empezaba a subir las escaleras, cortándole la retirada.

—¡Naturalmente! Eso es lo que pasó.

—Eso es lo que pasó... si John Henderson es inocente.

—Lo es —afirma, con voz sorda.

—Veremos. ¿Cuándo puede usted tener el permiso?

—Creo que esta tarde lo habré conseguido. Podremos verle mañana por la mañana, con un poco de suerte.

—Está bien. Ahora hágale de las amistades de su novio. De todas las que usted conozca, naturalmente.

—¿Para qué? ¿Cree que el criminal es alguno de sus amigos?

—¿Cómo puedo saberlo? Pero si él es inocente, el que mató a Bessie Gray tiene que ser forzosamente alguien que tenía relación con ella. Y según los periódicos, Bessie era pintora, ¿no?

—En efecto.

—Bien, entonces puede tratarse de alguna amistad común.

—Ya comprendo... Bueno, creo que eso no nos llevará mucho tiempo. John es un poco extraño en cuanto a carácter. Es introvertido y no le gusta dar confianzas a nadie. Su círculo de amistades es más bien reducido.

—Mejor para nosotros. Empiece por cualquiera de ellos o ellas. Reflexiona un instante y luego explica:

—Están Tony Buora... y Kaufman... Bob Casper...

—Así no vamos a ninguna parte. Nómbrelos uno a uno, explicándome qué representan en la vida de John, o qué relación tenían con él en cuanto a grado de amistad.

—Está bien. Creo que podré hacerlo. Tony Buora es un pintor de tendencias modernas... abstracto. Tiene un carácter apasionado y

violento, y sus discusiones con los demás del grupo son famosas. Parece que tenga que aplastar a todo aquel que le discute sus puntos de vista respecto al arte. Sin embargo, es un gran muchacho, incapaz de causar daño a nadie y...

—No de nada por sentado —atajo—. Todo el mundo es pacífico hasta que deja de serlo. Siga.

—Bueno. Yo creo que es un exaltado, pero inofensivo.

Nada digo, esperando que continúe. Lo hace al instante.

—Tenemos también a Simón Kaufman —prosigue—. Éste es un escultor, tan exaltado en su arte como Buora, aunque con un carácter más frío y menos apasionado. Tal vez sea debido a su descendencia alemana, más cerebral. Creo que esa tendencia se refleja incluso en su arte. Tanto Buora como Kaufman son grandes amigos de John. Forman parte de su grupo y se reunían con asiduidad en el estudio de cualquiera de ellos.

—Muy bien. ¿Hay más?

—Sí... Bob Casper. También éste era escultor.

—¿Era?

—Tuvo un accidente muy grave, durante una excursión que realizaron varios del grupo. Se cayó por un barranco, y se rompió dos o tres costillas y ambas muñecas. Las muñecas se le astillaron, y a pesar de todos los esfuerzos de los médicos, no lograron que volvieran a quedar como antes.

—¿Qué le pasa en las muñecas?

—No tiene fuerza en ellas. Algunos nervios y tendones quedaron tan maltrechos, que actualmente sus manos apenas si le sirven para comer sin ayuda. Incluso cuando sostiene el cigarrillo parece que le cueste un esfuerzo.

—Ya veo. Y dejó la escultura, ¿no es así?

—Sí. Fue un gran golpe para él. Por aquel entonces era el primero del grupo que conseguía exponer con éxito. Se le abría un porvenir estupendo... y el accidente dio al traste con sus ilusiones.

—Comprendo. ¿Quién más?

—Pues... estaba Bessie Gray, que fue novia de John durante cierto tiempo.

—¿Por qué se separaron?

Vacila.

—Tal vez usted crea que mi opinión es interesada.

—No importa. Necesito conocer todo esto.

—Bien... Bessie era una muchacha muy ambiciosa. Se prometió a John porque era quien más alto estaba de los componentes del grupo. Su nombre se cotizaba ya muy alto, y pensó que, apoyada por él, también conseguiría sobresalir. Pero cuando consiguió su primera exposición sin ayuda de John, sino que Edgerton le dio toda clase de facilidades... Bien, comenzó a distanciarse de su novio. Creyó que no lo necesitaba para nada y que sin él tenía un magnífico porvenir.

—Esto está claro. Y ahora dígame: ¿Ese tal Edgerton era también componente del grupo?

—Pues no con la asiduidad de los demás, pero también se reunía con ellos, de vez en cuando. Ahora comprendo que su único interés en esa amistad era para explotarles miserablemente.

—Está bien. ¿Había alguien más?

—Sí, yo misma. Soy escultora también.

—Ya veo... Bien, adelante —la animo con una sonrisa.

—Hace muchos años que conozco a John. Y hace también mucho tiempo que estoy enamorada de él, pero cuando vi que sólo tenía ojos para Bessie, decidí esperar. Yo sabía que tarde o temprano se daría cuenta de su equivocación.

—¿Por qué?

—Porque conocía perfectamente la ambición que dominaba a Bessie. Y si hay algo que John desprecia es la ambición desmedida, como único objetivo de vida.

—Total, que cuando él se separó de Bessie, usted aprovechó para echarle el lazo.

Sonríe, pero asiente con un gesto.

Pienso un poco en lo que acaba de decirme. Es un rompecabezas que habrá que resolver... si acepto el encargo.

—Ahora conozco ya a las personas que más se relacionaban con su prometido. Por lo menos, las conozco a través de sus palabras. Ahora bien, quiero saber si alguna de estas personas tiene algún resentimiento contra John Henderson, si entre ellos ha habido alguna vez una disputa lo suficiente importante para que exista odio...

—Nada de eso. Las disputas eran frecuentes entre todos nosotros, pero se limitaban a nuestro arte. Cada uno defendía su

tendencia. Usted sabe lo que es eso. Pero nunca pasaba de aquí. Terminada la discusión, todos bebíamos y seguíamos siendo amigos.

—Sigamos suponiendo que John es inocente. Nos queda Bessie. ¿Quién de todo el grupo podía odiarla hasta el extremo de matarla?

Esto no le gusta nada. Palidece y está a punto de soltar algo desagradable, pero al fin recapacita y acaba por decir:

—Nadie, excepto John. ¿Es esto lo que esperaba usted oír?

—Poco más o menos. Claro que ella pudo tener amistades fuera de ese grupo, y ser alguna de esas amistades quien acabó con su vida. Pero me inclino a creer que éste es un crimen reducido, si usted entiende lo que quiero decir. Apostaría a que todo lo que provocó el drama, gira en torno a ustedes.

—¿Por qué lo cree así?

—No lo sé, llámelo corazonada. O tal vez sea debido a lo que usted acaba de decirme, o quizá a la idea que me he formado del misterio. Sea como sea, por algún sitio hay que empezar, ¿no es así?

—Supongo que tiene usted razón.

Antes que pueda añadir nada más, una voz desconocida cae sobre nosotros como un vendaval:

—He supuesto que te encontraría aquí, Muriel. Me han contado que le has tirado de las orejas a Edgerton, ¿eh?

Me encuentro ante un tipo estrafalario. Es alto y delgado como el palo de una escoba. Tiene un rostro afilado, alargado, y como adorno de él lleva una barbilla puntiaguda y mal cuidada, cuyos pelos semejan una brocha. Pero sus ojos tienen un brillo sorprendente, vivo y curioso. Viste un pantalón de pana arrugado y cuajado de lamparones, y una camisa a cuadros rojos y negros.

Quedo mudo de asombro, pero Muriel sonrío y le señala una silla.

—Siéntate —dice—, y trata de no alborotar demasiado.

El hecho de sentarse es todo un espectáculo. Parece que se doble en tres pedazos, algo semejante a una navaja plegable.

Después de quedar instalado en la silla, con sus largas piernas dobladas debajo la mesa, sus ojos caen sobre mí con particular interés.

—¿Quién es tu amigo, querida? —indaga sin rodeos.

Muriel se encuentra en un apuro. Yo no le quito ojo al recién llegado.

—Éste... Mark Duncan... —balbucea la muchacha. Y añade precipitadamente—: Un buen amigo mío.

—Nunca nos habías hablado de él... Bueno, me alegro de conocerle. Un amigo de Muriel automáticamente es amigo mío. Me llamo Tony. Tony Buora. Pintor. Usted no tiene traza de pintar nada, ¿eh?

Se ríe alegremente. Muriel se dispone a intervenir, pero le tomo la delantera. —No— digo—. Mi profesión es completamente opuesta al arte.

—¿Sí?

—Exacto.

—Supongo que será usted un burócrata —exclama, examinándome de arriba abajo—. O tal vez no... A ver. No crea, soy muy capaz de adivinarlo. No, no tiene pinta de burócrata. —Detective privado.

Abre la boca al oírme. Luego la cierra de golpe y un chispazo asoma en sus vivos ojos.

—Que me aspen —exclama—. Un *ojo privado*. Sí, ahora que lo sé, creo que debía haberlo supuesto desde el principio. Demasiado decidido para ser un chupatintas. Su barbilla indica una gran decisión, mucha decisión, y sus ojos grises son demasiado fríos e inquisitivos para...

Muriel le interrumpe, nerviosa:

—Ya basta, Tony.

—¿De dónde lo has sacado, muchacha? —pregunta, riendo.

—Ya te he dicho que es un amigo, aunque no sea tan loco como tú.

Pienso que Tony Buora, o es muy exuberante, o es un farsante. De todas formas, me parece que puedo permitirme el lujo de inquietarle un poco, si es que hay algo capaz de inquietar a semejante ejemplar, aparte de su pintura.

—Me parece que estamos tratando de engañarnos unos a otros —le suelto—. No soy amigo de Muriel, no amigo particular, por lo menos. Ella me ha contratado.

Eso parece que le hace pensar. Al mismo tiempo, inquieta a Muriel, que me mira acusadoramente.

Tras el tenso silencio que sigue a mi revelación, Tony Buora reacciona, y sus ojos se vuelven hacia la joven, más vivos que

nunca.

—¿Contratado? —murmura—. ¿Qué te sucede, chiquilla? ¿Estás en algún apuro o te has metido en un lío?

—Ella cree que John Henderson es inocente —digo suavemente, fija mi mirada en el afilado rostro del pintor.

Esta vez su desfachatez no le sirve de nada. Se queda atónito, mirándonos alternativamente a Muriel y a mí, sin acabar de comprender totalmente lo que le han dicho.

Cuando al fin recobra la voz, habla con mucha menos seguridad que antes.

—Bien, bien. Eso es sorprendente. No quiero decir que sea sorprendente que Muriel crea en la inocencia de John —se apresura en aclarar—, sino que le haya contratado a usted. Realmente, todos nosotros estamos seguros de la inocencia de Henderson. Es un gran muchacho.

Muriel está desconcertada. No puede comprender mi actitud. Pero de momento esto no me preocupa mucho. Así es que sigo con mi idea.

—Todos ustedes están seguros de su inocencia. Muy bien. ¿En qué se basan para esta seguridad?

Tarda en responder. Cuando lo hace es con palabras vacilantes:

—Bueno... Usted sabe... Conocemos a John desde hace muchos años. Sabemos que no es capaz de cometer un crimen. Además, Bessie había sido quién se separó de él. El hecho de que casi inmediatamente se comprometiese con Muriel, demuestra que no le importó mucho romper con la otra. No tenía por qué matarla después por celos... como se ha querido hacer creer a la gente.

—Cierto. ¿A usted no se le ocurre pensar en nadie como presunto culpable?

—No. Todos nos conocemos desde hace años. Ninguno de nuestro grupo es capaz de una cosa semejante.

—Ésta es una operación muy arriesgada.

—Tal vez. Pero usted no puede comprenderlo. Hemos luchado juntos durante años, nos hemos ayudado uno al otro cuando nos hemos visto apurados... En fin, hemos vivido siempre como hermanos.

No tengo nada que oponer a esta afirmación, de manera que miro a Muriel y me levanto.

—He tenido un gran placer en conocerle —le digo al pintor—. Ahora debo dejarles. Hay algunas cosas que tengo que hacer todavía. Nos veremos mañana por la mañana —le indico a la muchacha—. Espero que entonces tenga eso arreglado.

—Haré cuanto pueda, míster Duncan.

Estrecho la mano de mi cliente y después la de Buora. Su apretón es firme, aunque en su rostro sigue pintándose cierto asombro.

Ya en la calle, empiezo a reflexionar sobre la escena que acabo de representar. Estoy seguro de que dentro de algunas horas todos los componentes del grupo artístico estarán enterados de que un detective privado está trabajando a favor de su compañero condenado. Eso es posible que remueva ciertas cosas y alguno cometa algún error, si es que el culpable es uno de ellos.

Porque, y ahora ya estoy seguro, voy a aceptar el caso, a menos que mi entrevista con John Henderson sea del todo negativa.

Sin embargo, y para aprovechar el tiempo, creo que antes puedo hacer algo más, aunque tenga que esperar hasta la noche para ello. No puedo sustraerme a la atracción que ejerce sobre mí el robo cometido la noche del crimen.

### CAPÍTULO III

Es una mujer de unos cuarenta y cinco años, delgada y con algunas canas que no se preocupa de disimular. Tiene todo el aspecto de importarle un comino lo que la gente opine de ella. Sus ojos son claros y de mirar astuto y ambicioso. Dan la sensación de que valora monetariamente cuánto ve, sea lo que sea.

—No comprendo qué interés es el suyo en aquel robo —dice, erguida ante mí y sin invitarme en absoluto a sentarme.

—Mi interés es relativo. Si el robo sucedió antes del crimen, no me interesa en absoluto, pero si tuvo lugar después, tal vez me interese.

—En ese caso, está perdiendo el tiempo. No tengo idea de cuándo ocurrió. Me golpearon, ¿sabe? Y no me enteré de nada.

Hay algo en esta mujer que no me gusta. Si alguien me pregunta qué es, no podré responderle, pero la sensación está aquí, viva y latente. Quizá sea su desaliño, o su mirada cargada de codicia. No lo sé. Pero esa misma codicia me da una idea.

—Trate de hacer un esfuerzo —le digo—. Hay dinero a ganar en esto. Sus ojos chispean con interés.

—¿Dinero?

—Eso he dicho.

—¿Cuánto?

—Depende de lo que me proporcione su relato. Puede haber mucho o puede haber poco. Eso tiene que decidirlo usted.

No hay duda de que su interés se ha despertado, pero no me parece muy dispuesta a colaborar. De lo que sí estoy seguro es de que esta mujer oculta algo. Su misma actitud, entre interesada y precavida, lo indica. Parece estar siempre en guardia, vigilante para no dejarse sorprender.

—Temo que no pueda ayudarle —dice al fin—. Aparte de que tampoco me ha explicado satisfactoriamente su interés en hacerme

estas preguntas.

—Lo único que le he preguntado es si había visto al ladrón que entró aquí, o si había percibido algo que le permita pensar en alguien determinado.

—Sí, sí, pero también ha dicho algo referente a la hora.

—Eso es asunto mío. Usted qué opina. ¿El ladrón entró antes o después del crimen?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Yo estaba durmiendo.

—¿Y no despertó en ningún momento? ¿Ni cuando los vecinos de enfrente estaban gritando y alborotando a todo el barrio?

—Ni entonces. Tengo el sueño muy profundo, y además, cuando me acuesto estoy tan rendida que no hay nada capaz de despertarme.

—Ya veo. Sin embargo, creo que el aullido de una sirena de la policía alborotando bajo su ventana debería despertarla.

—No pude oírla. Ya me habían golpeado y...

Se interrumpió en seco. Yo estuve a punto de zarandearla de un lado a otro, pero me contuve con esfuerzo.

—¿Cómo sabe que ya la habían golpeado? ¿Cómo sabe el instante en que ocurrió eso, si no despertó en ningún momento?

Palideció, pero luego la sangre subió a sus mejillas y sus ojillos de rata echaron chispas.

—Creo que ya le he aguantado a usted bastante. Váyase de aquí y no vuelva, o llamaré a la policía.

—Empiezo a pensar que sería muy interesante que la policía metiera las narices en esto.

—Fuera de mi casa —repite, señalándome la puerta.

No puedo comprender su actitud. Todo me hace suponer que esa mujer sabe algo de lo ocurrido aquella noche, pero no tiene sentido que se calle, y menos ofreciéndole dinero. O tal vez sea por miedo, pero no parece el tipo de mujer asustadiza, sino todo lo contrario.

—Piénselo bien —insisto—. Creo que le conviene ganar algún dinero, y sólo tiene que hablar para conseguirlo.

—No sé nada. No quiero saber nada de usted ni de su maldito dinero. Márchese de aquí de una vez.

—*Okay...* Pero volveremos a vernos, señora.

Voy hacia la puerta y la abro. Antes de salir vuelvo la cabeza para dar un último vistazo a la desagradable ocupante del

apartamento. Ella está mirándome fijamente, con los ojos brillantes de furia. No hay duda de que no le he gustado en absoluto.

Salgo a la calle, sin poder apartar de mi mente las palabras cruzadas entre ella y yo. ¿Qué es lo que sabe? Maldita arpía.

Decido andar un rato para poder pensar con calma. Me digo que lo más sensato es hablar con Henderson y ver de convencerme de su inocencia, aunque eso sea puramente fruto de la intuición. Después de esto, ya veremos qué se puede hacer.

No consigo progresar en mis planes. Los pensamientos vuelven obstinadamente a la mujer que acabo de dejar. ¡Maldita sea!

Trato de imaginar qué es lo que sabe, o cree saber por lo menos, y por qué se lo calla. Cuando llego a una conclusión, la idea no me gusta poco ni mucho. Porque esa idea es que ella vio al hombre que entró en su apartamento, o sea, al ladrón, dando por sentado que sea un ladrón, porque si se trata en verdad del asesino, la cosa es mucho más importante de lo que pueda creerse. En este caso todo se explicaría... y John Henderson podría demostrar que es inocente. Me detengo en la acera, aturdido por la magnitud de lo que estoy pensando. Si Henderson es inocente; si aquella noche hubo un asesino que no era él maniobrando por aquella casa, y ese criminal fue quien entró en el piso de esa desagradable mujer... Bien, en este caso creo que he sido demasiado blando con ella.

Si ella conoce al criminal y permite que se condene a un inocente, su conducta merece algo más que palabras duras. Pero si es así, ¿por qué calla?

Vuelvo a lo mismo de antes. No tiene lógica. O tal vez sí. Silbo entre dientes, estupefacto... ¡Claro que tiene lógica!

La arpía vio al criminal. Algo la despertó..., tal vez la sirena policíaca, y al abrir los ojos descubrió al hombre agazapado en su aposento. El observó que ella despertaba y la golpeó para evitar que diese la alarma, pero la mujer pudo verle la cara lo suficiente para recordarlo cuando recobró el conocimiento. Y calla. ¡Naturalmente! Una bruja cegada por la ambición, capaz de permitir que se ejecute a un inocente para...

Chantaje. Eso es. La mujer intenta someter al criminal para que le pague su silencio. ¡Qué estúpida!

Estoy tentado de volver sobre mis pasos, pero abandono la idea, pues pienso que es mejor darle un poco de tiempo. En mi próxima

visita, las cosas serán muy distintas.

Al fin llamo a un taxi y me hago conducir a casa.

Cuando me acuesto, estoy tan excitado que apenas puedo dormir. Si mi teoría fuese cierta... Es preciso que hable con el condenado, tal vez el pintor pueda decirme algo que abra nuevas rutas en este maldito asunto.

Al fin quedo dormido, pero durante mi sueño, una especie de pesadilla me obliga a dar vueltas y más vueltas de un lado a otro del lecho, inquieto y asaltado por multitud de pensamientos descabellados.

Al levantarme sigo experimentando una vaga inquietud. Afortunadamente, las noticias que me proporciona Muriel Durbin son alentadoras. Su voz vibra con entusiasmo a través del teléfono.

—A las once tenemos que estar allí —anuncia, satisfecha—. Tenga en cuenta que es usted un primo mío que ha venido expresamente del norte para ver a John.

—Estupendo. ¿Dónde nos encontraremos? —Pasaré por su oficina. ¿Le parece bien?

—Sí.

—¿Hay algo nuevo que pueda usted decirme?

—No, hasta que haya hablado con su prometido. Hasta luego.

Cuelgo el teléfono y me voy al despacho. No encuentro nada de interés en el correo, de manera que empujo el sillón hacia atrás, coloco los pies sobre la mesa y cierro los ojos, evocando cada palabra de las cruzadas con la ambiciosa arpía, víctima del extraño robo.

Después de darle algunas vueltas, llego a una determinación respecto a ella y cambio de tema. Pienso en el eufórico Tony Buora, el pintor que conocí cuando estaba en compañía de Muriel. Bien, a decir verdad, recuerdo a los demás componentes del grupo artístico con el mismo interés que a él. Y a Bessie Gray, recién instalada en su nuevo apartamento y asesinada de manera tan brutal. Después de todo, ella también formaba parte del grupo en cuestión.

Se me ocurre pensar que es muy extraño que fuera a vivir a una casa semejante. Según se desprende de las noticias que tengo de ella, había ya ganado dinero bastante con su pintura para permitirse un alojamiento de más categoría, y lo que es más importante, seguía ganando dinero, gracias al apoyo del sinvergüenza de Edgerton, el

propietario de la galería de exposiciones.

Al llegar aquí, echo el freno a mi imaginación y me detengo en esto. ¿Qué interés tenía Edgerton en ayudar a Bessie? A juzgar por lo que sé del tipo, no debió ser precisamente por amor al arte. ¿Quería aprovecharse de ella para quedarse con parte de su dinero, o había algo más íntimo en su ayuda? ¿Estaría enamorado de ella, o la desearía lo suficiente para organizar una exposición con la que lanzarla al mundo de la fama?

Puede ser cualquiera de las dos cosas. Será necesario averiguarlo. Edgerton me pareció un cobarde, pero tan ladino y escurridizo como una serpiente. Es uno de esos tipos capaces de matar, aunque de manera más solapada a como lo hizo quien asesinó a la muchacha. Tendré que dedicar algún tiempo en ocuparme del delicado hombrecillo. Tal vez después de hablar conmigo no se muestre tan atildado.

A las diez aparece Muriel, y su sola presencia alegra el despacho. Viste un traje sastre color gris muy claro, y su figura tiene todo lo que necesita para parar la circulación. Sus grandes ojos se clavan en mí, llenos de interrogantes.

—No tenemos mucho tiempo —advierte, tras los saludos—. Así es que podemos hablar durante el viaje... Supongo que tiene usted coche.

—Sí, aunque no sé si podré sacarlo de donde está. Ayer se hallaba aprisionado de tal manera que no hubo modo de utilizarlo. ¿Nos vamos?

Bajamos en el ascensor. Su perfume es dulce y penetrante, inconfundible. Toda ella es un poema. Me sorprendo al sentir cierta envidia de John Henderson... ¿Qué tendrá el tipo que pueda enamorar a una mujer semejante, hasta ese extremo?

Esta vez puedo sacar el coche, aunque pasando a media pulgada del que está aparcado a la izquierda, y tras una maniobra emprendemos el camino de la cárcel. Es un viaje un poco largo, pero a estas horas se puede correr.

Durante las primeras millas, ella mantiene la boca cerrada, tal vez pensando en el hombre que verá dentro de poco. Respeto su silencio y dejo también que mis pensamientos se adelanten a nosotros. Me doy cuenta de que no sé el tiempo que falta para la ejecución, aunque no debe ser mucho, a juzgar por el que ha

transcurrido desde la sentencia.

Al fin, Muriel murmura:

—¿Le dirá a John si acepta o no el trabajo?

—¿Sabe él que usted ha venido a encargármelo?

—No.

—Ya veo.

—¿Se lo dirá usted? —insiste.

—No lo sé. ¿No cree que pueda hacerse unas ilusiones que luego resulten fallidas?

Supóngase que no consiga salvarlo.

—Pero él necesita saber lo que pretendemos... o por lo menos lo que yo pretendo.

—Está bien, se lo diré. He pensado mucho sobre este asunto. Y me parece que hay alguien que no aprecia precisamente a John Henderson.

—¿Quién?

—El asesino.

Casi da un salto en el asiento, y sus dedos se engarfian en mi brazo.

—Así que ya cree usted que existe ese asesino... Ya cree en la inocencia de John.

—Cálmese. Por lo menos, estoy convencido de que hay ciertos hechos que permiten dudar de su culpabilidad.

—¿Y eso es suficiente para que acepte usted el trabajo?

—Sí.

Se deja caer sobre el respaldo y cierra los ojos, como si acabase de realizar un gran esfuerzo. Oigo que murmura entre dientes:

—¡Gracias, Dios mío!

Rodamos un par de millas en silencio. Luego, pregunta:

—¿Puede decirme qué ha descubierto?

—No. Por lo menos, no se lo diré hasta tener alguna seguridad. Tampoco me gustaría que usted se hiciera unas ilusiones que luego se convirtiesen en desengaño.

—Dígame, por lo menos, por qué opina que el asesino es enemigo de John.

—Porque da la impresión de que el crimen fue planeado de manera que Henderson apareciese en el momento preciso, en el instante justo de cargar con el mochuelo. ¿Es cierto que Bessie le

había llamado?

—Sí.

—¿Lo citó a una hora determinada?

—No lo sé. John podrá responder a todas estas preguntas.

—Otra cosa. ¿Dónde vivía Bessie antes de trasladarse a ese apartamento en que la encontró el asesino?

—En su estudio. No comprendo cómo se fue a vivir allí. Tenía un estudio muy cómodo.

—¿Y lo abandonó?

Se encoge de hombros.

—No lo sé, aunque lo dudo. En el estudio podía trabajar maravillosamente bien... y estaba muy bien equipado.

—¿Conoce usted a algún pariente de Bessie?

No. No creo que tenga ninguno, al menos aquí... Ella procedía del Este. Nunca habló de su familia.

—Me gustaría dar un vistazo a ese estudio —comento, sin dejar de prestar atención a la carretera.

Aprieto un poco más el acelerador, ya que la ruta está despejada y el coche se lanza adelante como un potro espoleado. Me gusta correr, y al ver que ella guarda silencio, sigo aumentando la velocidad hasta las ochenta millas. El aire silba y el paisaje se desliza, raudo, como una cinta sin fin.

Cuando más pienso en ello, más me atrae la idea de echar un vistazo al estudio de Bessie Gray. Tal vez en él exista algo que sirva de guía a mis pesquisas. Quién sabe lo que la suerte le reserva a uno en un caso tan desesperado como éste...

De pronto, Muriel murmura:

—Alguien nos viene siguiendo, míster Duncan.

Me enderezó en el asiento y miro a través del espejo. A mucha distancia veo un «coupé» azul que lleva poco más o menos nuestra velocidad.

—¿Por qué cree que nos sigue? —Gruño, disgustado—. Puede tratarse de alguien que sigue nuestro mismo camino.

—Tal vez, pero hace mucho tiempo que me he dado cuenta de este coche. Al principio iba a la misma velocidad que nosotros, pero cuando usted ha acelerado tan bruscamente, él ha hecho lo mismo.

—Trate de ver su matrícula y anótela en cualquier papel. Después veremos si le damos un susto.

—Está demasiado lejos para distinguir las cifras.

—Eso tiene fácil arreglo. Prepare lápiz y papel.

Lo saca de su bolso, y cuando lo tiene a punto le advierto:

—Agárrese fuerte, Muriel. Voy a frenar.

Aprieto el freno con brusquedad. Los neumáticos chillan como condenados y el coche pega un bandazo, pero queda casi detenido en seco y Muriel apenas si puede sostenerse para no dar de narices contra el parabrisas.

Pero he conseguido lo que quería. El coche que viene detrás no se apercibe de lo que ocurre hasta que se ha acercado lo bastante para ver la matrícula, que Muriel anota nerviosamente. Detengo el coche completamente, al mismo tiempo que le pido:

—Intente ver al conductor. Quizá lo conozca.

Pero el tipo del otro coche, sea quien sea, no es ningún tonto. Sus frenos lo han detenido también en seco y cuando abro la portezuela del mío, dispuesto a hacerle algunas preguntas a mi manera, se pone en marcha, da una vuelta cerrada a tanta velocidad como logra sacarle al cacharro, y emprende el regreso, con un poderoso rugido de su motor.

Espero perderlo de vista, y entonces vuelvo a entrar en mi auto. Muriel me mira, pálida y emocionada.

—¿Qué está pensando? —susurra, apenas sin voz.

—Que me aspen. Es la cosa más estúpida que podía haber hecho ese tipejo, sea quien sea. Así se ha delatado, sin lugar a dudas. ¿Ha reconocido usted el coche?

—No.

—¿Y su matrícula?

—Aquí la tiene. Es de Los Ángeles.

Guardo el trozo de papel en la cartera, y tras un instante reanudamos el viaje. Vuelvo a imprimir una buena velocidad al coche, y entonces se me ocurre algo más.

—¿Cuántos del grupo tienen coche? —pregunto.

Pues... Buora, y también Kaufman. Y, naturalmente, Edgerton.

—¿Y el otro? ¿Cómo se llama? ¿Casper, el escultor?

—Bob no tiene. Lo vendió. No podría conducir, con las muñecas inútiles.

—Sí, claro. Y supongo que usted conocerá los coches de esos tres que ha nombrado.

—Sí, los he visto muchas veces.

—Y ninguno de ellos se parece a este que nos seguía.

—En absoluto.

—Bien, veremos qué sacamos de la matrícula.

Permanecemos en silencio un buen rato, lo que me permite aumentar la velocidad. Si por aquí merodea algún patrullero, vamos a tener disgustos, pero ya vamos con el tiempo demasiado justo, así es que me arriesgo.

Muriel comenta:

—¿Sabe la velocidad que lleva? Miro el cuentamillas.

—Noventa —digo.

—Sí.

—Me gusta correr.

—Ya me doy cuenta. A John también le gusta la velocidad.

—¿Tiene coche también?

—Sí. Está en un garaje desde que... Bueno, desde que le detuvieron. En cambio, a su hermana le pone nerviosa el volante. Tiene un carácter muy dulce y...

—¿John Henderson tiene una hermana? —pregunto, sorprendido, ya que es la primera noticia que tengo de ello.

No recuerdo que en los periódicos que consulté se hiciera referencia a tal muchacha.

—Sí. Su nombre es Lilac... Así la llamamos todos. Pero está muy delicada. John la instaló en un sanatorio.

—Pero supongo que está enterada de lo sucedido.

—Sí. No hubo más remedio que decírselo, aunque John temía que la noticia pudiera perjudicarla. Y realmente, le causó una terrible impresión.

—¿Qué clase de enfermedad es la que tiene?

Muriel no responde enseguida, sino que se queda pensativa, con la mirada perdida a través de la ventanilla. Cuando habla lo hace sin mirarme.

—No es verdaderamente una enfermedad —dice, suavemente—. Lilac está agotada. Tuvo algunas emociones demasiado fuertes y... Bueno, creo que no hay por qué andarse con rodeos. Se dedicó a beber más de la cuenta. John hizo cuanto pudo para apartarla de la bebida, y al fin consiguió que aceptase ese tratamiento.

—Comprendo. ¿Qué clase de emociones fueron esas que ha

mentonado?

—Preferiría no hablar de eso, míster Duncan. Además, no creo que tenga nada que ver con su trabajo.

—Nunca sabe uno...

Pero callo. Si más adelante me interesa saberlo, ya encontraré manera de averiguarlo.

Cuando aparco el coche en el estacionamiento que bordea la entrada del penal, Muriel se queda un instante inmóvil, mirando las enormes puertas siempre cerradas. No es una visión para alegrar a nadie, y menos a ella, teniendo a su novio allí dentro.

—¿Vamos? —La animo, saltando fuera del auto.

Ella me sigue, y noto el nerviosismo de que es víctima en estos momentos.

Del bolso saca unos papeles, que entrega al agente encargado de la recepción.

Tenemos que esperar, y de pronto, mientras aguardamos, ella exclama:

¡Dios mío! Si le hacen identificarse, verán que es usted detective.

—No me crea tan incauto, muchacha. Sólo llevo mi documento de identidad personal, y el permiso de conductor. Todo lo demás está en la oficina, incluso el revólver.

Sonríe. Desde luego, la medida ha sido acertada, según puedo comprobar cuando nos hacen pasar a un despacho interior. Allí tengo que mostrar mi documentación, que examinan con suma atención. Después me preguntan qué llevo en los bolsillos.

Lo saco. Sé que están averiguando si transporto algo metálico que pueda disparar la célula electrónica por la que tendremos que pasar, de manera que no protesto cuando se quedan con mi encendedor de gas, las llaves y las monedas sueltas. Me entregan un resguardo por todo ello, y al fin nos permiten pasar al locutorio.

## CAPÍTULO IV

Entramos en una reducida estancia dividida en dos por unas rejas gemelas y separadas entre sí casi por un pie de distancia. A ambos lados de las rejas hay unas mesas alargadas que van de parte a parte de la habitación, y junto a las mesas, un banco tan largo como ellas. En otras ocasiones aquí deben celebrarse entrevistas con varios presos a la vez, pero ahora vamos a ser los únicos ocupantes del locutorio, aparte, naturalmente, de John Henderson y los guardianes.

Me pregunto cómo haré para hablar con el condenado en presencia de los guardianes, pero al fin decido que éstos, por regla general, no suelen interesarse nunca por las conversaciones, a menos que éstas versen sobre temas que pueden infundir sospechas. Además, su atención se centra en que no haya ningún intento de hacer llegar algo subversivo al preso.

Siento la mano femenina que se posa sobré mi brazo. La miro. Tiene los ojos húmedos, a punto de llorar. Le sonrío.

—Ánimo, Muriel —le digo suavemente—. Trataremos de que John vea que no estamos desmoralizados, sino con ganas de lucha. Eso le animará más que un discurso, ya lo verá.

—Gracias... gracias por lo que está haciendo, míster Duncan.

—Nada de gracias. Trabajo, ¿lo ha olvidado?

—Casi.

—Pues cuando le presente la factura, su memoria reaccionará.

Asiente, sin saber bien lo que le sucede.

Detrás nuestro se ha colocado un guardián de azul uniforme. Está ahí, erguido y con las manos cruzadas a la espalda, mirando indiferente al triste decorado.

Nos sentamos en el banco que corre a lo largo de la extensa mesa. Noto que Muriel se retuerce los dedos, entrecruzándolos, nerviosa en extremo. Sus ojos brillan por las lágrimas contenidas.

Al fin se abre una puerta al otro lado de la reja. Veo entrar al condenado, seguido de dos guardianes, que le hacen una seña para que avance. Clavo mis ojos en él, y no los aparto durante el tiempo que tarda en llegar hasta su mesa.

Es un tipo joven, bien constituido y de porte orgulloso. Una espesa cabellera negra se arremolina sobre su despejada frente. Tiene unos ojos profundos y claros, y un mentón voluntarioso. Sus ademanes denotan cierto embarazo.

—Hola, querida —murmura, una vez acomodado—. No puedes imaginar cuánto te echo de menos...

Su voz se quiebra. No puede ocultar su emoción.

Los dos guardianes que han entrado con él se estacionan a corta distancia del joven pintor, pero no nos miran, como si así quisieran facilitarnos la conversación.

Advierto que Muriel está llorando, y no puede articular palabra. Es él quien vuelve a hablar:

—Por favor, chiquilla, no llores. No son lágrimas lo que necesito.

—Lo... lo lamento, John, querido —consigue decir ella—. Todo el viaje he estado diciéndome a mí misma que no iba a llorar y... y ya ves...

—¿Quién es tu amigo, querida?

La pregunta parece que la calma un poco. Pero tengo que presentarme yo mismo, ya que ella no encuentra suficiente voz con que hacerla.

—Mi nombre es Mark Duncan, John... Muriel me ha hablado mucho de usted. Le llamaré John, si no le molesta. Es más corto. Tenemos que aprovechar el tiempo, ya que la entrevista resultará corta.

—¿Corta para qué?

—Para todo lo que tenemos que hablar. Soy detective privado, y Muriel me ha encargado investigar su caso... Queremos encontrar algo que obligue al tribunal a revisar su proceso.

Hay un chispazo de interés en sus ojos, pero se apaga enseguida y vuelve la mirada, hacia su amada.

—Gracias, Muriel, amor, pero temo que de nada servirá. Ya viste lo que sucedió en el juicio...

—Un momento —le interrumpo—. Míreme a mí, por favor.

Sus claros ojos parecen hundirse en los míos. Tiene un rostro

muy atractivo y enérgico. Entonces le suelto:

—¿La mató usted, John?

—No.

No ha pestañado siquiera, aunque le noto un tanto sorprendido. Su mirada sigue prendida en la mía.

En el mismo tono de voz repito:

—No me mienta, John, por lo que más quiera. ¿Mató usted a Bessie Gray?

—No.

—*Okay*. Dios sabrá por qué, pero le creo. Ahora cuénteme en pocas palabras lo que sucedió aquella noche. Sólo lo más importante.

—¿No ha leído los periódicos, míster Duncan?

—Así no vamos a ninguna parte, y perdemos el tiempo —le reprocho—. Quiero que me lo cuente usted. Empiece por la llamada de Bessie.

—Está bien. Ella me avisó por teléfono. Me dijo que lamentaba lo que había sucedido entre nosotros, que había sido una tonta. Pero que de eso ya tendríamos tiempo de hablar.

Quería que fuera a verla para algo mucho más importante.

—¿No le dijo de qué se trataba?

—No —responde, con la mirada brillante—. No quiso mencionarlo por teléfono. Pero insistió en que era algo que me interesaba mucho a mí, ya que me aclararía un misterio. Al mismo tiempo dejó entrever que estaba asustada, que me necesitaba, ¿comprende? No empleó estas mismas palabras. En realidad, me es imposible recordar las palabras exactas que utilizó, pero sé que en sustancia fue eso lo que me dijo.

—Muy bien. Y usted decidió acudir.

—Sí. Me explicó que ya no estaba en su estudio, sino que tenía otro domicilio. Dijo que se había visto obligada a cambiar de casa.

—¿Seguro que dijo que se había visto obligada a hacerlo?

—Sí, de esto estoy seguro.

—Lo cual puede indicar que huía de alguien... y que su nuevo domicilio era en realidad su refugio. Bien, siga.

—Acudí a la dirección que me dio. La puerta de la calle estaba abierta. Yo no había estado nunca allí, de manera que vacilé un instante. Entonces sonó el grito y yo me lancé escaleras arriba.

—¿Un grito?

—Sí. Debíó gritar cuando el criminal la atrapó.

—Siga.

—Encontré también abierta la puerta de su apartamento... al menos del que me había indicado por teléfono. Como la luz estaba encendida, entré y la busqué, y mientras estaba allí, sonó el golpe del cuerpo al caer a la acera, aunque en aquel instante no supe de qué se trataba... Entonces vi la ventana de la cocina abierta, y salí a la escalera de incendios y...

—Un momento. ¿Por qué salió usted? ¿Oyó algo más que le hiciera actuar así?

Arruga la frente. Noto el tremendo esfuerzo que hace para recordar lo que tantas veces habrá contado. Pero de esta misma abundancia de veces puede derivarse una variación en los hechos acaecidos, y yo quiero la verdad escueta.

Al fin murmura:

—Sí, escuché un rumor en la parte superior de la escalera metálica. Pensé que se trataba de Bessie que estaba metida en un apuro y...

—Pare otra vez —le atajo de nuevo—. ¿Fueron unos pasos lo que escuchó usted?

—Podían serlo, aunque no estoy seguro.

—Ese rumor, ¿descendía o subía los escalones?

—No lo sé, pero creo que pensé que era alguien que subía. —Y entonces Bessie ya estaba muerta, ¿no es así?

—Sí.

—Por lo tanto, el asesino, suponiendo que fuera él, debía bajar y no subir.

—Sí, ya he pensado en eso, pero no he hallado solución alguna.

—Yo, sí. El criminal empezaba a bajar. Llevaba recorridos dos o tres tramos de escalera cuando usted saltó al rellano metálico. Entonces retrocedió y penetró en un apartamento cuya ventana estaba abierta. ¿No ha pensado en esto hasta ahora?

Su mirada se dilata por el asombro.

—No —balbucea—. Estaba seguro que el criminal había escapado por las azoteas de las casas vecinas... Cuando llegué arriba y no vi rostro de nadie, lo pensé así.

—Claro, y la policía ni se molestó en comprobarlo.

—Pero ¿está seguro de lo que dice? —pregunta, anhelante.

Siento cierta pena por él. Por eso le digo:

—Sí. Mas no poseo ninguna prueba de ello, sólo una teoría. Pero por alguna parte hay que empezar. Veo a uno de los guardianes que consulta su reloj. Tenemos que darnos prisa. —Dígame ahora, John: ¿quién le odia a usted?

—¿Qué?

Muriel se echa un poco hacia adelante y murmura:

—Míster Duncan se refiere a alguno del grupo...

—No se meta en esto —la atajo, nervioso y tenso—. ¿Quién puede sentir odio contra usted, John? Pero odio de verdad, no una simple antipatía.

Vacila. Veo sus ojos inquietos posarse un instante sobre Muriel, y luego volver a mí.

Pregunta, con voz ronca:

—¿Va usted a ayudarme, míster Duncan?

—Sí. Por lo menos, hasta donde pueda hacerlo.

—Está bien. Eso es algo que nunca había mencionado a nadie, ni siquiera a ti, Muriel. No quería que te inquietases...

—Al grano —le apremio.

—Por dos veces han intentado matarme.

La muchacha no puede contener la exclamación, casi un gemido. A mí también me ha impresionado porque eso es algo que no podía haber esperado.

—¿Cómo sucedió? —le apremio.

—La primera vez, alguien me empujó mientras estaba en el borde de la acera, esperando que cambiase la luz de rojo a verde. Caí y no acabé aplastado por un coche, gracias a la serenidad del conductor, que consiguió frenar a tiempo, aunque no pudo evitar que el coche que le seguía fuera a estrellarse contra su cola.

—¿Seguro que le empujaron? ¿No fue un mareo, o una pérdida de equilibrio?

—Sentí perfectamente una mano muy fuerte que me empujaba, intenté, resistir el empujón, pero fue cosa de un segundo. Caí sin poderlo evitar.

—Bien. Podemos suponer que se trataba de alguien muy fuerte.

—Lo era. Fue un empujón tremendo.

—Okay, adelante. ¿Cómo ocurrió la segunda vez?

—Más a la descarada. Estaba en el estudio cuando alguien disparó contra mí.

Una nueva exclamación de Muriel le hace desviar la mirada y clavarla en ella. Hay tanta ternura en sus ojos que uno comprende perfectamente cuánto ama este muchacho.

Pero yo no estoy para romanticismos en estos momentos, de manera que le apremio:

—¿Desde dónde le dispararon? ¿Había alguien con usted?

—No, estaba solo. Tony y Bob Casper acababan de marcharse entonces. Empezaba a desnudarme cuando la bala atravesó el jarrón, haciéndolo pedazos. No estaba a más de un paso de mi pecho.

—¡El jarrón roto! —exclama Muriel.

—Sí, querida. El jarrón que yo te dije que se había caído.

—Hay una azotea a no mucha distancia. Supongo que un tirador mediano puede lograr un buen disparo desde allí.

—Entiendo. De todas formas, daré un vistazo a su estudio. Ahora dígame en quién ha pensado usted como autor de esos atentados.

—No tengo la menor idea. Y le juro que me he roto los cascos, tratando de adivinarlo.

—¿Alguno del grupo?

—No, en absoluto.

—¿Tiene usted familia?

—Sólo mi hermana.

—¿No hay algún pariente lejano en alguna parte?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Podría existir alguna herencia... Quién sabe... Pero volvamos a los del grupo. ¿Se ha peleado alguna vez con alguno de ellos?

—Con Tony muchísimas veces. Pero eso no tiene importancia. Nuestras peleas eran famosas, pero versaban solamente sobre arte.

Veo al guardián consultar su reloj, hacer una mueca y avanzar hasta tocar a John en un hombro.

—Lo siento, Henderson, pero el tiempo se ha agotado.

—Un instante, por favor —exclamo, sin mirarle. Y rápidamente le pregunto al pintor—. ¿Qué me dice de Edgerton?

Vacila. Su mirada se dirige a Muriel. Trata de sonreír. Luego murmura, levantándose:

—Es un judío ambicioso y sin escrúpulos.

—¿Puede haber tratado de matarle?

—¿Con qué objeto?

—¿Puede haber sido él? —repito, haciendo caso omiso de su pregunta.

—Sí, claro. Puede haberlo hecho.

—Está bien, John, haré cuanto pueda, pero no quisiera que se forjase demasiadas ilusiones. No le ocultaré que su caso está muy mal, sobre todo debido a la actitud que desde un principio adoptó la policía.

—No me hago ilusiones, pero haga lo que pueda, míster Duncan, sólo para tranquilizar a Muriel.

Retrocedo unos pasos. Muriel sigue en su sitio, con la mirada prendida en la figura del muchacho. No pronuncia una palabra, pero ríos de lágrimas resbalan por sus mejillas. John Henderson da una nueva muestra de su entereza al inclinarse un poco y murmurar:

—Ánimo, chiquilla. Todavía hay esperanza. Tienes que ser fuerte. ¿Me lo prometes? —Sí, John. Te quiero tanto...

—Y yo a ti, amor.

De nuevo el guardián le apremia. El hace un gesto y va retrocediendo, andando de espaldas, con los ojos clavados en su amada, como si quisiera empaparse de su imagen, grabarla en sus retinas para seguir viéndola cuando esté de nuevo en la celda de la muerte.

Al fin se cierra la puerta y John Henderson y sus guardianes desaparecen.

Muriel estalla en sollozos. Le rodeo los hombros con mi brazo, llevándomela hacia la salida. No digo una palabra, porque no hay palabra capaz de extinguir el llanto que ella está vertiendo, como no la hay lo suficiente profunda para infundirle esperanza en estos instantes. Más tarde quizá, pero ahora...

Salimos de la cárcel como si brotásemos de nuevo a la luz, después de haber penetrado en el reino de las tinieblas.

## CAPÍTULO V

Durante todo el viaje de regreso, apenas si Muriel despega los labios. Como yo tampoco tengo ganas de hablar, respecto su silencio y dedico el tiempo a recordar las palabras de John Henderson. No hay duda de que me ha causado una magnífica impresión. Es admirable su estado de ánimo. Se mantiene firme, a pesar de saber que sobre su cabeza pende una sentencia de muerte. En su lugar, creo que yo me portaría de manera muy distinta.

Ésta vez no nos sigue nadie. También el coche que nos vino pisando los talones me preocupa y me da mucho que pensar, aunque teniendo la matrícula resultará fácil identificarlo. Suponiendo que no fuera falsa...

Al entrar en la ciudad, hundiéndonos en la espesa riada de la circulación, Muriel parece que recobra la noción del lugar donde se encuentra.

—¿Calmada? —pregunto suavemente.

—Sí. Gracias por haber mantenido silencio, pero no podía hablar de John. Lo comprende, ¿verdad?

—Perfectamente. ¿Tiene algo que hacer ahora?

—No.

—Bien. Me acompañará a la oficina. Quiero hacerle algunas preguntas y aclarar todo lo que ha dicho John.

Estaciono el coche lo más cerca que puedo del despacho. Andamos hasta la entrada del edificio, pero no antes de dar un vistazo en busca del coche perseguidor, aunque no veo ni rastro.

En la oficina, Muriel se deja caer en la butaca, como si estuviera muy cansada. Sus ojos están enrojecidos y han perdido el brillo que los caracteriza. Creo que si todo sale mal y John es ejecutado, esta mujer recibirá tal golpe que jamás volverá a levantar cabeza.

Le ofrezco un cigarrillo, enciendo otro para mí y empiezo por lo que más me interesa en estos instantes:

—Deme las señas del estudio que tenía Bessie... Creo que le daré un vistazo, si no lo abandonó, naturalmente. En caso de que lo haya alquilado otra persona...

—No creo que sea así. Bessie no se habría desprendido de su estudio por nada del mundo. En todo caso, lo habrán alquilado después de su muerte.

—Ya me enteraré —digo—. Ahora deme las señas.

Las anoto. Después, pregunto:

—¿Sabe para cuándo está fijada la sentencia?

Tiene un ligero sobresalto. Casi no encuentra voz con que responder:

—La madrugada del día veintidós, el viernes...

Una mirada al calendario me dice que nos quedan diez días para luchar contra ese desenlace. Es un hándicap, se mire como se mire.

—¿Qué medidas han tomado los abogados? —Sigo indagando.

—Se han limitado a pedir clemencia al gobernador. Si quiere mi opinión —añade de mal talante—, yo creo que ellos piensan que John es culpable.

—Ya nos encargaremos nosotros de apartarlos de su error.

Ojalá sea así, míster Duncan. Creo que me moriré si matan a John...

Tiene que animarse, Muriel. Necesitaré su ayuda, y usted debe estar en disposición de luchar cuando llegue ese momento.

—Puede contar conmigo —afirma, con algo del antiguo brillo en sus bellos ojos.

Eso de la ayuda no pasa de ser un pretexto para infundirle esa animación que tanta falta le hace. Creo que me estoy volviendo un sentimental, pero siento especial debilidad por las mujeres tan hermosas como Muriel.

—Deme, ahora la dirección del sanatorio donde está recluida Lilac Henderson.

Eso no parece gustarle mucho.

—No comprendo qué puede tener que ver una cosa con la otra, míster Duncan —murmura, vacilante—. ¿Cree que ella puede ayudarle?

—Si no lo averiguo, no puedo saberlo. Por eso quiero hacerle una visita.

A regañadientes, me da la dirección, que anoto también.

Después de esto, creo que puedo dejarla marchar.

—Necesita usted descanso, muchacha —le digo afectuosamente—. De ahora en adelante debe mantenerse en forma, ¿comprende? Es posible que tenga que utilizarla en algún momento. Pero sólo lo haré en un caso extremo.

—Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por John.

Estrecho su mano y la acompaño a la salida. La veo marchar y quedo en el despacho aspirando todavía el delicioso perfume que se desprende de su majestuoso cuerpo.

Cinco minutos después, salgo yo también y vuelvo al coche. Tengo un día de suerte. Puedo servirme de él por segunda vez, cosa que no ocurre todos los días.

El rutilante edificio policíaco del que tan orgulloso está la ciudad me acoge con su habitual frialdad. Relativamente nuevo, en él se agrupan los servicios centrales de la ley, y en él conocí al teniente Skarn cuando tramité mi licencia.

Por él pregunto al entrar, y cinco minutos más tarde me atiende en su pequeño despacho.

—¿Dificultades, Duncan? —me pregunta en cuanto me ve.

—No, afortunadamente.

Estrecho su mano y tomó asiento. Skarn tiene unos cuarenta años, es robusto y a juzgar por su aspecto debe ser capaz de realizar todas las hazañas que suelen esperarse de un oficial de la Brigada Secreta de Los Ángeles.

—Vengo en busca de ayuda —le digo de buenas a primeras.

—¿Sí? —sonríe—. ¿Qué clase de ayuda?

—Tengo un trabajo entre manos. Nada de mucha importancia, pero sí bastante movido. Y esta mañana me he dado cuenta de que un coche me seguía. Quiero saber a quién pertenece, ya que sólo he podido tomarle la matrícula antes de que emprendiese la retirada.

Usted puede ayudarme y ahorrarme un montón de trabajo, teniente.

—Ya veo. ¿En qué está trabajando?

—Si empezamos así, creo que nuestra embrionaria amistad no llegará a nacer —le suelto, riendo.

—Ya... Secreto profesional.

—Ajá.

—¿Es algo que pueda llegar a despertar nuestro interés en algún

aspecto?

—No. Por lo menos, de momento.

—Lo cual quiere decir que más adelante puede serlo.

—Poco más o menos.

Me mira fijamente, muy serio. Luego esboza una sonrisa y explica:

—Estoy particularmente escarmentado con los detectives privados.

Duncan. Tenemos demasiados en la ciudad, y muchos de ellos carecen de escrúpulos, como se puso de manifiesto tiempo atrás con los escándalos de Hollywood. No me gustaría tener disgustos con usted también.

No digo una palabra, en espera de que siga hablando. No ha quitado sus ojos de mí.

Cuando se decide a seguir, la sonrisa permanece aleteando tímidamente en sus labios.

—Está bien, continúe con la boca cerrada. —Hace un ademán como quitando importancia al asunto, y añade—: Después de todo, siempre puedo meterle en cintura. ¿Qué matrícula es ésa?

Se la digo. La anota en un papel y después descuelga el teléfono. Habla rápidamente con alguien, da unas órdenes y termina:

—Recuerde que quedo esperando. Llámeme a mi despacho.

Cuelga suavemente, mirándome y sonriendo abiertamente ahora.

—Adivine lo que estoy pensando —murmura.

—Dígamelo.

—Se me ocurre que si tanto interés tiene usted en guardar secreto lo que está haciendo, ha cometido un error al venir a verme.

—¿Porqué?

—Porque yo puedo interrogar al dueño del coche que le ha seguido, y por medio de él averiguar en qué está trabajando usted.

—¡No me diga!

Achica los ojos y por primera vez parece que su interés se agudiza.

—No parece sorprenderle mucho, Duncan.

—¿Por qué tendría que sorprenderme? Si usted tiene ganas de perder el tiempo, no voy a ser yo quien se lo impida. Tengo entre manos un asunto privado, no público.

—Pero del que no quiere hablar.

—Naturalmente que no. Me pagan para que trabaje, no para que abra la boca a la menor indicación. —Ya veo.

Encendemos cigarrillos, y durante unos momentos ninguno de los dos pronuncia una palabra. Y antes de que reanudemos la conversación, el teléfono se pone a escandalizar y Skarn lo levanta de golpe.

—Teniente Skarn al habla —gruñe, sin dejar de mirarme sospechosamente.

Escucha unos instantes. Deja de mirarme, se endereza en el asiento y aprieta las mandíbulas como si hubiera hincado el diente en un hueso demasiado duro.

Gruñe algo que no se entiende, da las gracias y cuelga el receptor. Vuelve a mirarme con los ojos entrecerrados, cargados de malicia esta vez.

—¿Está seguro de la matrícula que me ha dado?

—Claro que sí.

—Pues, amigo, es algo realmente curioso.

Inopinadamente, se echa a reír, primero suavemente, luego es una burlona carcajada lo que deja escapar, antes de aclararme:

—Tiene usted a un detective privado detrás de sus talones, Duncan. Esta vez sí que pego un respingo, sorprendido a más no poder.

—¿Seguro?

—Y tan seguro. Un tal Tagliano... Especializado en toda clase de trabajos sucios, divorcios amañados y cosas así, usted ya sabe.

—Tagliano...

Eso es. ¿Qué puede buscar, siguiéndole a usted los pasos?

No lo sé. No estoy trabajando en ningún divorcio.

—Ya lo imagino. Usted no es de esa clase. Por eso mismo me interesa lo que esté haciendo, y más después de saber que ese bicho le anda detrás. ¿No quiere usted decirme nada, Duncan?

—Lo siento.

—Ya. Creo que veré a Tagliano en cuanto tenga un rato libre. Me levanto y sonrío alegremente.

—Dele usted un buen repaso —le digo—. Y mis calurosos saludos.

—Lo haré. ¿Sabe usted, Duncan? Creo que tiene sentido del

humor.

—Seguro. Ahora es necesario saber si también lo tiene Tagliano.

Estrecho la mano del teniente como despedida. Sigue mirándome con los ojos achicados, muy interesado, y cuando abandono el despacho, pienso que quizá he levantado la liebre demasiado pronto. En fin, tarde o temprano el asunto estallará. Por tanto, no importa que sea un poco antes de tiempo, siempre que estalle.

Al abandonar la Central, tomó el camino del mismo periódico en que consulté las informaciones sobre el crimen y el proceso. Otra vez me enfrasco en su lectura, sin descubrir nada nuevo, pero sí encuentro lo que realmente busco: una fotografía de John Henderson, muy clara. La recorto y la guardo antes de devolver el tomo, y salgo a la calle, pensando que tal vez ahora me acompañe la suerte.

La carretera de San Diego está atestada de vehículos, de manera que la marcha es lenta. Aprovecho ese aburrimiento para pensar en esto y aquello. Flotando encima de las demás ideas que se me ocurren, surge el nombre de Tagliano. Un investigador fullero, como hay tantos. Un sinvergüenza que contribuye a que la opinión del público crea que todos somos unos estafadores... Creo que me gustará hacerle unas preguntas y obligarle a que las responda. Casi prefiero que se niegue a responder, sólo por el placer de sacarle las respuestas a la fuerza.

Poco a poco, el tránsito va aclarándose, y puedo apretar el acelerador. El cuentamillas pega un salto y la velocidad empieza a ser de mi agrado, y cuando atravieso Oceanside puedo llegar a las ochenta millas y aun sobrepasarlas sin tropiezos.

Pero pronto tengo que aflojar la marcha para prestar atención a los paradores que van apareciendo. Los hay en tal abundancia que uno se pregunta cómo demonios pueden hacer negocio.

Al fin descubro el motel que busco. Maniobro para entrar en la explanada frontera al edificio principal... Dejo el coche y me encamino a la administración, donde encuentro a un tipejo con cara de hurón, luciendo unos lentes sin montura que cabalgan sobre su nariz en precario equilibrio.

Me mira con tal cara de sospecha, que comprendo enseguida que ha descubierto que en el coche no hay ninguna dama. Debe

haberme visto llegar.

—¿Qué desea?

Tiene una voz cascada y desprovista de toda amabilidad.

Saco la factura de Bessie, y se la pongo ante las narices.

—¿Recuerda usted a la mujer que pagó esta factura?

La mira por encima de los lentes. Luego me mira a mí.

—No —dice.

—No le creo. No es corriente que sean las mujeres las que pagan las notas, y menos que las pongan a su nombre.

—Si usted estuviera detrás de este mostrador —gruñe—, se daría cuenta de que hay muchas cosas que no son corrientes, pero que se hacen tan normales, a fuerza de repetirse, que ya no les presto atención.

—¿También el que sea la mujer quien contrate los servicios del establecimiento?

—No es frecuente, pero sí sucede de vez en cuando.

Empiezo a creer que este tipo anda buscando algo más que palabras.

Coloco cinco dólares sobre el mostrador, al lado de la factura.

—Tal vez eso refresque su memoria —dijo—. ¿Recuerda ahora a la mujer que pagó esta factura?

Me mira por encima de sus gafas. Hace una mueca que con alguna imaginación puede considerarse como una sonrisa, y murmura:

—Enfocado así el asunto... —¿La recuerda o no?

—Sí.

—Hábleme de ella.

Empieza por retirar los cinco «pavos» y hacerlos desaparecer de la vista. Después, dice:

—Hace ya mucho tiempo que vino por aquí. La había visto un par de veces antes. —¿Siempre dio ella la cara?

—No. Sólo la última vez.

—Está bien, continúe.

—Paró el coche casi en el mismo sitio en que lo ha dejado usted. Era a última hora de la tarde, pero había luz suficiente para ver el auto. Había un hombre en él.

—¿Podría reconocerlo si lo viera otra vez?

—No por cinco dólares.

Estoy a punto de soltar un par de maldiciones y hacerle tragar los lentes, pero acabo por añadir cinco más a la contribución pagada, y espero.

El añade:

—Quizá pudiera reconocerlo o quizá no. —Se embolsa el nuevo billete y continúa—: Ella entró aquí y pidió una cabaña individual, no un apartamento. Le entregué la llave y le hice firmar el registro, y luego se fueron hacia la cabaña, que era el número diez, tal como consta en la factura.

—¿Anotó usted el número del coche?

—Sí, en el registro.

—Me interesa esa matrícula.

El hombre saca un libro, pasa un montón de hojas y luego me lo acerca, dándole la vuelta.

—Aquí está —gruñe—. Puede anotarlo.

Lo hago. Después le muestro la fotografía de John Henderson.

—¿Era éste el hombre que esperó en el coche?

Examina el retrato. Los lentes parece que vayan a caerle de un momento a otro, pero por algún milagro se mantienen sobre su nariz, contra toda lógica.

—No, señor, no es éste.

—¿Está seguro?

—Completamente. Éste debe ser un tipo delgado y el otro era robusto. Llevaba sombrero..., y su cara me pareció ancha y grande...

Ya comprenderá que no pude captar muchos detalles, a esa distancia.

—Está bien, creo que está usted ganándose los diez dólares por lo menos. ¿Cuánto tiempo permanecieron aquí?

Todo un fin de semana. La factura lo detalla...

¿Volvió usted a verlos mientras estuvieron alojados en la cabaña?

—No.

—Y después de esa vez, ya no ha vuelto a ver a la mujer.

—Eso es. No ha regresado por aquí.

—Usted ha dicho que la había visto en otras ocasiones anteriores, aunque entonces fue el hombre quien contrató el alojamiento. ¿Recuerda usted al que la acompañaba entonces?

Arruga la frente. No parece muy dispuesto a responder, pero yo no estoy dispuesto a darle más propinas, de manera que espero en silencio.

Debe comprender que no puede sacar un centavo más, porque habla al fin, aunque a regañadientes:

—Lo recuerdo... Era mucho mayor que ella..., un tipejo muy elegante, presumido y mandón. No pedía las cosas, las exigía...

—¿Tenía unas manos muy delicadas?

—Ya lo creo. Tan finas que parecían manos de mujer.

—Creo que con eso basta. ¿Si viera una fotografía del hombre que la acompañaba la última vez, lo reconocería?

—Posiblemente.

—De acuerdo. Y gracias.

Cuando me alejo, él murmura:

—A usted... Vuelva por aquí cuando guste.

Regreso a la ciudad. Pienso en las sorpresas que tiene la vida y en las vueltas que da.

No es difícil identificar al tipo que acompañó a Bessie las primeras veces que fue al motel. La descripción encaja como un guante con Edgerton, el dueño de la galería de arte. De manera que así fue como Bessie le pagó su interés por hacerla triunfar, aparte de cobrarse también buena parte de sus beneficios en la venta de los cuadros. Un tipo muy largo ese Edgerton. Valiente sanguijuela.

Pero lo importante es identificar al último acompañante. Me pregunto cómo podré obtener una fotografía de cada uno de los miembros del grupo. Muriel tendrá que moverse para hallarlas.

Hundo el acelerador, y mientras el coche vuela sobre el cemento me digo que, o mucho me equivoco, o la tal Bessie fue una dama de cuidado, dispuesta a servirse de los hombres exclusivamente para sus fines.

## CAPÍTULO VI

Encuentro a Edgerton en su despacho. Visto de cerca, todavía me gusta menos.

Sentado detrás de la imponente mesa, el hombrecillo se acoraza en una capa de respetabilidad que interpone entre él y el visitante. Creo que conmigo la coraza la necesitaría de acero para que le sirviera de algo.

—¿Míster Duncan? —murmura, muy digno.

—Ése es mi nombre.

—¿Qué le ha traído aquí? ¿Es acaso amante del arte?

—No. Mi visita nada tiene que ver con el arte, por lo menos directamente. Quiero hacerle algunas preguntas y quiero que usted me las responda sin protestar. De lo contrario, se verá envuelto en tal lío que desearía no haber nacido siquiera. ¿Queda esto bien claro?

Se levanta de un salto, más altivo que nunca, tan digno que cualquiera diría que conoce la vergüenza.

—No le consiento a usted que me hable en ese tono —dice, casi chillando—. Salga de aquí inmediatamente. Creo que no he debido recibirle...

—Siéntese.

—¿Qué?

Me inclino hacia adelante y le doy un empujón a través de la mesa que lo lanza sobre su gran sillón, igual que un pelele. La indignación le impide hablar en los primeros instantes, cosa que aprovecho yo.

—No se ponga tonto, Edgerton, si no quiere tener que responder delante de la policía de las cantidades de dinero que se ha embolsado fraudulentamente en las ventas de cuadros.

¿Está claro?

El color huye de su rostro y murmura con voz temblorosa:

—Así que se trata de eso...

—En absoluto. Se trata de algo mucho más grave... Tan grave como un asesinato.

Esta vez da un salto que por poco derriba el sillón. Boquea como un pez fuera del agua, buscando palabras, y cuando las encuentra articula con dificultad:

—¿Quién es usted?

Paso por alto la pregunta y sigo adelante:

—Usted ha estafado importantes cantidades a varios artistas que depositaron en usted su confianza. Entre ellos, a John Henderson y a Bessie Gray... ¿No es cierto?

Permanece mudo, mirándome fijo con tal intensidad, que me pregunto si seré invulnerable al vitriolo. Sus ojos parecen despedirlo.

—¿No es cierto? —repito.

—¿Qué pretende usted?

—¡Responda, maldito sea!

—¿Quién... quién es usted?

Me levanto de un salto. Alargo el brazo a través de la mesa y le sujeto por la pechera de su inmaculada camisa, atrayéndolo hacia mí y casi derribándolo sobre la brillante superficie de la mesa.

—¿Quiere responder, gusano, o tendré que ponerme bruto?

Traga saliva y creo que no le costaría nada llorar como una criatura asustada. Al fin balbucea:

—Yo..., yo no...

Quiero la verdad. Y no me obligue a echar mano de sus condenados libros. Tengo las declaraciones de algunos compradores de sus cuadros, Edgerton. Con eso es bastante.

—Bueno, yo..., yo pensé que...

Se calla. Pero yo quiero algo más.

—Se quedó con miles de dólares pertenecientes a Henderson y a Bessie Gray, ¿no es así?

Esta vez está asustado de verdad, así es que asiente con un gesto y luego gimotea:

—Sí, pero yo fui quien los lanzó y...

—Y por eso mató a la muchacha.

Pienso que se va a desmayar. Me canso de sostenerle y le suelto. Cae sentado igual que un muñeco al que han soltado los hilos. Suda

y sus labios tiemblan.

—¿Cómo puede pensar que la maté yo? —gime entre dientes—. Henderson fue condenado por ese crimen.

—Justo. Por un crimen que no cometió. Fue usted quien la mató, porque ella se había convertido en un peligro para usted, ya que le amenazó con informar a Henderson de la estafa de que era víctima. ¿No fue así?

—¡No!

El chillido debe haberse oído en Miami. Está completamente desmoralizado.

—Yo creo que sí. Usted vio la oportunidad de cerrarle la boca a ella y librarse de John Henderson al mismo tiempo, sin nadie que pudiera disputarle esos miles de dólares. Por eso la mató. Vamos, diga la verdad.

—Usted debe estar loco...

—Tal vez, pero digo lo que es cierto. Además, estoy muy enterado de sus relaciones con Bessie, Edgerton. Sé cada una de sus visitas al motel cercano a San Diego. Niéguelo, si se atreve.

No se atreve. Está tan anonadado que creo que ni un terremoto lograría ya causarle impresión.

Lo único que consigue articular al final es:

—Yo no la maté... ¿Para qué tenía que hacerlo? Me gustaba mucho la chica y...

—Déjese de cuentos. Usted le había robado un montón de dinero.

—Pero ella no iba a hacer un drama por eso. Le ayudé a crearse un nombre. Me había costado mucho dinero lanzarla, y tenía que recuperarlo.

—Ya veo... Lo mismo que Henderson.

—Bien... Henderson era diferente... El ya tenía nombre cuando yo le expuse por primera vez.

—Lo que no impidió que le hiciera víctima de una estafa.

Suspira ruidosamente, echándose hacia atrás en el sillón y secándose la sudorosa frente.

—Está bien —dice al fin—. Estoy dispuesto a devolver todo ese dinero a Henderson..., hasta el último dólar...

—Así pretende ocultar lo otro, ¿no?

—¿Cómo he de decirle que no tengo nada que ver con el

crimen? Yo quería a Bessie.

—Ya. Un amor romántico...

—Nada de romántico —reconoce, aturdido—. A mis años el romanticismo ya no existe. Pero Bessie era ambiciosa, a mí me gustaba, y ambos nos complementábamos. La lancé con la condición de que..., bien, de...

—De que ella fuera amable con usted, para decirlo de alguna manera. Pero no con la condición de dejarse timar.

—Ella lo sabía...

—Claro que lo sabía. Por eso llamó a Henderson aquella noche, para decírselo.

—¡No, maldito sea usted!

Está tan pálido que cualquiera diría que no tiene una gota de sangre en el cuerpo. Creo que está diciendo la verdad, pero, si es así, no he conseguido mucho con mi andanada.

—Si no mató usted a Bessie, ¿quién cree que fue? Y no me diga que Henderson porque yo sé que él es inocente.

Parpadea. Está tan asustado que sería capaz de devolver todo el dinero que ha robado en su vida, si se lo pidiese. Pero me limito a esperar.

Al fin habla:

—Sólo se me ocurre un tipo llamado Kaufman..., había disputado últimamente con Henderson, a propósito de Casper.

Aguzo los oídos. Tal vez después de todo consiga algo positivo de esta entrevista.

—¿Cuándo disputaron?

Fuerza la memoria. Después dice:

—No lo sé exactamente... Creo que un mes antes de que Bessie fuera asesinada...

—¿Por qué piensa usted en Kaufman? La que murió fue Bessie, y él disputó con Henderson.

—Bessie intervino. Se puso al lado de Henderson, y llamó a Kaufman un montón de cosas feas..., lo dejó como un trapo.

—Ya veo... ¿Por qué se pelearon?

—Ya se lo he dicho; a causa de Bob Casper... Henderson trataba de hacer reaccionar a éste para que dejara de lamentarse. John siempre decía que Bob Casper estaba desmoralizado a raíz del accidente, y que era necesario que no viera lástima o compasión a

su alrededor, sino que debían tratarle como a un tipo normal, a ver si dejaba de lamentarse y encauzaba su vida hacia otros derroteros, ocupándose en cualquier trabajo que pudiera hacer con sus débiles manos. De ahí vino toda la disputa, ya que Kaufman opinaba que todos debían estar al lado de Casper y ayudarle de la manera que fuese. Está en bastante mala situación. —Comprendo. Y Bessie intervino.

—Sí.

No me parece que todo esto sea motivo suficiente para un crimen tan brutal, aunque no conozco a Kaufman.

Abandono la silla y doy unos pasos por el despacho. Edgerton suspira y luego murmura:

—¿Me dirá ahora quién es usted? No tiene derecho a venir aquí y...

—Al diablo.

Salgo del despacho, sin preocuparme de satisfacer su curiosidad. Por mí, puede irse al diablo realmente.

Anochece, pero como deseo aprovechar el tiempo, emprendo el camino de la oficina de Tagliano, el detective fullero de que me ha hablado el teniente Skarn. Sus señas están en la guía telefónica, y allí indica que tiene servicio permanente, conque espero encontrarle en su despacho.

Y está en él. Es un cuchitril digno de una rata. Y Tagliano tiene también cara de rata, con barbilla hundida, ojos muy pequeños y separados, de mirar agudo e innoble. Me gustaría saber cómo se las apaña para conservar la licencia, si lo que dice Skarn es cierto.

—¿Tagliano? —pregunto al entrar.

—Sí. ¿En qué puedo servirle?

Noto perfectamente su sobresalto. Me ha reconocido. Buen síntoma.

—No voy a andarme por las ramas, Tagliano —le suelto de buenas a primeras—. Quiero saber por qué me seguía usted esta mañana, y no tolero rodeos ni embustes. ¿Comprendido?

—Temo que esté usted equivocado de nombre, amigo. Es la primera vez que le veo.

—Empiece así y tropezará con algo duro. ¿Le han robado a usted el coche, Tagliano? Sorprendido, contesta sin pensar:

—No. ¿Qué diab...?

Se interrumpe. Comprende que ha metido la pata. Sonríe burlonamente y prosigo:

—Pues si no es eso, usted ha estado siguiéndome esta mañana. He tomado la matrícula de su automóvil cuando ha dado la vuelta para escapar..., y la policía ha identificado dicha matrícula como perteneciente a usted. Ahora ríase si quiere.

—Sigo sin comprender adónde va usted a parar...

—Mire, Tagliano; los mismos polizontes me han contado algunas cosas suyas. Según ellos, es usted un mal bicho, capaz de todas las trastadas imaginables para sacar un dólar. De manera que voy a tratarle muy mal, si me hace perder más tiempo. —¿Cree que me asusta? ¿Quién demonios cree usted que es?

Mi respuesta esta vez consiste en un puñetazo. No pongo demasiada fuerza en él, pero sí la suficiente para hacerle caer hacia atrás, arrastrando consigo el sillón de mueble.

Tras el estrépito, se queda un instante inmóvil en el suelo, sacudiendo la cabeza para despejarla. Luego me mira con ojos brillantes de ira.

—¿Habla, Tagliano?

No le gusta mi voz. Se levanta pesadamente, endereza el sillón y rodea la mesa, acercándose a mí.

—Si cree que así conseguirá usted algo... —dice. Pero se calla al saltar sobre mí, dispuesto a hundir su zapato en mi estómago.

Afortunadamente, he supuesto que haría algo semejante, de manera que su pie encuentra el vacío. Pero no así mi puño, que estalla otra vez en su cara, haciéndole caer sobre la mesa. Allí le sujeto con el tablero, apretando violentamente su rostro, que se aplasta contra la madera.

—No me ponga nervioso, Tagliano —le advierto—. Le haré hablar, así tenga que romperle todos los huesos. ¿Por qué me seguía? ¿Quién le ha pagado para hacerlo?

No responde. Levanto su cabeza unas pulgadas y luego la empujo brutalmente. Su nariz parece querer agujerear la mesa, y el hombre chilla igual que un ratón asustado.

—¿Y bien? —insisto.

—Está bien, maldito sea..., se lo diré, pero suélteme...

Le dejo libre y retrocedo unos pasos para estar fuera de su alcance. El me mira con un infierno de odio brillando en sus ojillos.

Pero acaba por hablar, que es lo que yo quiero, después de todo.

—No sé quién tiene interés en usted... Las instrucciones me las dieron por teléfono...

—¿Quiere hacerme creer que usted trabaja así, sin saber siquiera quién es su cliente?

—Con tal de que me paguen, yo trabajo de cualquier manera.

—¿Y cómo sabe usted que va a cobrar, con un encargo semejante?

—¿Cree que soy tonto? Ya he cobrado. Me dio instrucciones y dijo que me mandarían cien dólares por un mensajero. El dinero llegó, y yo me puse a trabajar. He dado mis informes por teléfono cada vez que ese hombre me ha llamado, y asunto concluido.

—Así de sencillo...

—¿Quiere algo más, Duncan?

—Ya sabía yo que me conocía —gruño, disgustado—. ¿Cuándo le volverá a llamar?

—No lo sé. Telefonea cuando quiere.

—¿Le ha informado ya de mi viaje de esta mañana?

—Sí.

—¿Le ha dicho adonde me dirigía?

—No he podido hacerlo con seguridad, ya que no le he seguido hasta el final..., pero tanto él como yo hemos supuesto que iba a visitar a John Henderson... ¿Es así?

—Usted parece saberlo..., y creo que se considera muy listo...

Sonríe, mientras con el pañuelo trata de restañar la sangre que le brota de la aplastada nariz. Después dice sin levantar la voz:

—No crea usted que esto quedará así, Duncan. Volveremos a vernos, y entonces me gustará ver quién ríe último.

—Siga por ese camino, y tendrá que reírse en el hospital, Tagliano.

Me dispongo a marchar, pero antes se me ocurre otra pregunta:

—¿Cuándo le han contratado a usted?

—Mi cliente me llamó por teléfono anteayer por la tarde.

—¿Seguro?

—¿Cree que no sé cuándo me contratan?

Se me ocurre que eso es muy extraño. Le pusieron sobre mi pista el mismo día que Muriel me contrató... Lo cual indica que ella ya estaba vigilada entonces.

Me encamino a la puerta, pero antes de salir, le advierto:

—Tenga en cuenta que si vuelvo a encontrarle pisándome los talones, le haré papilla, Tagliano.

Sólo obtengo un gruñido como respuesta. Abro la puerta y al salir tropiezo con el teniente Skarn, que se disponía a entrar.

—Vaya, vaya, Duncan —comenta—. Hemos tenido la misma idea. —Seguro. Le veré otro día, teniente. Tengo mucho trabajo todavía.

El policía atisba por encima de mi hombro hasta que localiza a Tagliano. La vista de la machacada cara del fullero parece que le gusta, porque comenta:

—¡Diablo, Tagliano! ¿Qué le ha sucedido? ¿Ha tropezado con una puerta acaso?

Me empuja a mí, obligándome a entrar, y una vez dentro nos mira alternativamente a Tagliano y a mí. Hay chispas de burla en su mirada cuando ironiza:

—Había pensado muchas veces en verle así, pero nunca creí que alcanzaría esa satisfacción. ¿Le duele, Tagliano?

El tramposo detective le mira y enseguida desvía los ojos hacia otro lado. Skarn cierra la puerta y se encara conmigo.

—¿Con qué le ha pegado usted, Duncan?

—¿Yo? No sé de qué me habla.

—¡Qué cosas! —exclama—. Sin embargo, me gustaría saber cómo se ha lastimado usted, Tagliano... ¿Quiere decírmelo?

—Sí, se lo diré —gruñe—. He tropezado, cayendo al lado de la mesa. Me he golpeado contra el canto del sillón.

—Qué pena... Así debo suponer que son ustedes buenos amigos... ¿Es así?

Tagliano asiente con un movimiento de cabeza. La mirada de Skarn cae sobre mí.

Digo:

—Preferiría considerarme amigo de un escorpión, teniente. No me gusta Tagliano.

—A mí tampoco... Pero yo he venido aquí para hacerle algunas preguntas, y ya que está usted aquí, quiero que las responda antes de que se vaya, Duncan. Veamos, Tagliano... ¿Usted andaba siguiendo a su colega?

El sinvergüenza me mira con apuro. Yo respondo por él:

—Sí, teniente. El mismo me lo ha confesado.

—Y supongo que lo habrá hecho amistosamente...

—Muy amistosamente. Cuéntele su historia, Tagliano —le ordeno.

Tras una vacilación, el fullero empieza a hablar, relatando al teniente lo mismo que me ha dicho a mí.

Cuando calla, Skarn ha dejado de sonreír y me mira con redoblado interés.

—¿Es cierto que se dirigía usted a ver a John Henderson?

—Sí.

—¿Por qué?

—Secreto profesional.

—Supongo que ya sabe que está condenado a muerte...

—Por eso he ido a verlo.

—No lo entiendo... A menos que...

Se olvida por completo del dueño del despacho, y se encara abiertamente conmigo. Su interés se ha multiplicado.

—Según dice esta rata de Tagliano, le acompañaba a usted la novia de Henderson... Y ayer había estado usted reunido con ella también...

Vuelve la cabeza y lanza una mirada al acobardado tramposo, que nos mira con ojos achicados. La sangre ha dejado su cara lo mismo que un mapa.

—Vamos, salgamos de aquí —ordena el teniente, empujándome hacia la puerta—. Esto huele que apesta.

No vuelve a despegar los labios hasta que llegamos a la calle, y ya en la acera me mira especulativamente, con el ceño fruncido.

—Creo que usted y yo tenemos que hablar largo y tendido, Duncan.

Toda mi contestación se reduce a un encogimiento de hombros, lo cual no contribuye precisamente a disipar el interés del teniente. Particularmente, no tengo ningún deseo de que ese interés se disipe.

El vuelve a tomar la palabra:

—Hay un bar en la esquina. Vamos a tomar una copa, y hablaremos.

Andamos en silencio hasta el bar, y allí Skarn pide un *whisky* y yo, una ginebra. Hasta que ha bebido la mitad de su licor, no abre la boca.

—Y ahora veamos —dice—. ¿Qué se trae entre manos, Duncan?

—Tengo un trabajo; eso es todo.

—Narices —exclama—. Escúcheme, Duncan, y dese cuenta que le conviene no indisponerse con la policía aquí. Usted es nuevo..., ya tuvo que cambiar de aires una vez por sus diferencias con la policía de otra ciudad. ¿Está esto claro?

—Como preámbulo no está mal. Siga.

—Bien. Tal como yo lo veo, el asunto es así: Usted está trabajando para la novia de un condenado a muerte. Muy bien. En compañía de ella va a visitar a ese condenado, y esa rata de Tagliano les sigue por encargo de un desconocido. Hasta aquí la cosa está clara. Pero a partir de ese momento, la conducta de usted no me parece nada lógica. Usted podía haber averiguado el nombre del propietario del coche por otros medios, sin recurrir directamente a la policía, o sea, a mí. Usted no es ningún idiota, por lo tanto podía dar por sentado que al acudir a mí ponía en mis manos la llave que me permitiría saber en qué está trabajando realmente. ¿Comprende?

—Tal vez no me importe el que usted se entere —digo con una sonrisa.

—Y un diablo, no le importa. Empiezo a creer, que es usted más escurridizo de lo que había creído.

—¿Sí?

—Mire, Duncan, no trate de tomarme el pelo... ¿Qué hay de raro en John Henderson?

—¿Quién le ha dicho que hay algo raro en él?

—La conducta de usted, maldito sea —estalla al fin—. Usted quería que yo metiera las narices en este asunto.

—Eso no pasa de ser una opinión suya. Y una opinión muy libre, me atrevería a decir.

—Así no vamos a ninguna parte, Duncan. Ahora sé quién es su cliente. Si tanto se despierta mi interés, puedo meter a esa chica en mi despacho y obligarla a cantar allí. Ella me dirá qué trabajo le ha encargado, le guste o no le guste.

—No creo que pueda hacerlo. Existen una especie de entrometidos llamados abogados que...

—No me saque de quicio, Duncan...

Apura su bebida, deja el vaso a un lado y me mira recto a la

cara. Espero que reanude el ataque. Pienso que ya he demostrado mis pocos deseos de revelar lo que estoy haciendo, de manera que ahora me toca jugar a mí.

Skarn gruñe entre dientes:

—¿Quiere decirme de qué se trata, «pesquisa»?

—¿Por qué se ha interesado tanto en mi trabajo, teniente? Respóndame a eso, y tal vez me decida a contarle algo.

—En primer lugar, quería saber en qué se metía usted como principio de su actuación en Los Ángeles. Ver qué clase de tareas aceptaba. Y ésta es la razón más importante, me ha sorprendido mucho su actuación en el asunto de la matrícula. Me ha dado en la nariz que usted deseaba que yo sintiera curiosidad. Pues bien; la he sentido. Y ahora, ¿qué decide?

Finjo que me siento turbado, apurado, sin saber qué partido tomar. El espera pacientemente, y al fin empiezo a hablar:

—Muy bien, teniente, se lo diré, aunque sólo sea para demostrarle que deseo estar a bien con la policía. Más claro, que no me gustaría causarles trastornos...

—Déjese de adornos y vaya al grano.

—*Okay*. Muriel Durbin, la novia de John Henderson, me contrató para que buscara pruebas de la inocencia de su novio.

Yo había contado que se asombraría al oírme, pero no pude suponer que llegase a tanto.

Se queda con la boca entreabierta, estupefacto. Sus ojos se han agrandado, desorbitándose, y ni siquiera parpadea mientras permanece inmóvil, mirándome.

Tal vez tarda medio minuto en reaccionar, y entonces balbucea:

—Pero... Pero usted está loco, Duncan... ¡Condenación! ¿Qué triquiñuela se propone llevar a cabo?

—No se trata de ninguna triquiñuela.

—¿No, eh? No me diga que cree en la inocencia de ese tipo.

—Supongamos que creo en ella. ¿Qué le parecería a usted?

—Que estaba rematadamente loco. Y, además, me preocuparía de pararle los pies.

—¿Por qué?

—Porque lo único que usted persigue es poner en ridículo a la policía.

—El único que quedaría en ridículo ante el público sería el

fiscal. Y el jurado, naturalmente.

—No diga más tonterías y suelte la verdad de una vez. Usted tiene algún móvil oculto..., algo que le impulsa a tender esta especie de cortina de humo.

—No hay nada de eso. ¿Quiere escucharme unos minutos sin interrumpirme, teniente? Estoy dispuesto a poner ante usted todo lo que sé..., o lo que imagino, por lo menos. ¿Qué le parece?

No hay duda de que está desconcertado, pero también furioso. Ya he contado con que reaccionaría más o menos por el estilo, de manera que no me impresiona.

Tras un tenso silencio, murmura:

—Adelante, Duncan. Pero asegúrese de que tiene sentido lo que me diga, de lo contrario verá palpablemente lo que ocurre cuando se trata de engañar a la policía.

Esa advertencia no me hace mella, así es que procedo a contarle mis ideas respecto al crimen, al ladrón que entró en la misma casa y la actitud más que sospechosa de la arpía a quien se supone robaron. El interés de alguien en seguir mis pasos, valiéndose de Tagliano, alguien que no puede ser otro que el criminal... Y las dos tentativas de asesinato contra John Henderson.

Se lo cuento todo por varios motivos. Uno, es que confío en la integridad de Skarn. Tengo la impresión de que se trata de un policía honesto, cosa que no puede decirse de todos sus colegas. Y, por otra parte, nada de lo que imagino es ningún secreto, y cuanto más se sepa más puede alarmar al presunto criminal, forzándole a dar un traspié.

Termino de hablar y apuro los restos de mi ginebra. Skarn está aturdido. Mecánicamente, toma su vaso y se lo lleva a los labios, sin darse cuenta de que está completamente vacío.

Cuando lo advierte hace una mueca y abandona el vaso a un lado de la mesita.

—Así que es eso... —refunfuña al final, mirándome con ojos entrecerrados.

—Le he contado todo cuanto sé y todo cuanto imagino. Si es usted sincero, Skarn, convendrá conmigo en que, por lo menos, hay materia para dudar de la culpabilidad de Henderson.

—Me gustaría estar seguro de su sinceridad, Duncan —gruñe de mal talante—. Sé muy bien la clase de embrollos que arman ustedes

de vez en cuando.

—¿No puede usted creer que hay algunos detectives privados con decencia y honestidad, Skarn?

—Sé que hay algunos, aunque son minoría en nuestra ciudad. Hollywood lo emponzoña todo...

—Está bien, póngame a prueba, si quiere, pero de momento parta usted de la base de que le he contado estrictamente la verdad. Por otra parte, usted no intervino en la investigación del caso ni en la condena de Henderson.

—No; eso correspondió a la Brigada de Homicidios, naturalmente, aunque no sé qué oficial llevó el asunto.

—Según he leído en los periódicos de entonces, un tal sargento Jensen. Fue el que llegó al lugar del crimen y se encontró con el trabajo hecho —termino con cierta burla.

No responde nada. Está muy pensativo. Luego levanta la cabeza y me doy cuenta de que no hay rastros de humor en su rostro.

—Creo, Duncan, que se ha metido usted en un avispero. Ya comprenderá que mi deber es informar de lo que pretende, ¿verdad?

—Lo sé.

—Ya... Y me da en la nariz que eso es precisamente lo que usted pretendía también al aventar este asunto delante de mis narices.

—Tal vez.

Sonríe al fin.

—Lo lamento por usted, Duncan, porque me parece un tipo decente. Pero entre el D.A., y los de Homicidios le harán trizas.

—Sé que lo intentarán..., pero no será la primera vez. ¿Quiere acompañarme, teniente? —exclamo de pronto.

—¿Adónde?

—Vamos a visitar a la mujer víctima del robo. Creo que si nos mostramos un tanto bruscos, acabará por reconocer que yo tengo razón en mis sospechas.

—Yo no puedo hacer esto, amigo; por lo menos, sin nada sólido en que apoyarme.

—Usted puede ser un simple espectador, Skarn. Se dará cuenta de si mis sospechas son o no ciertas.

Duda. Teme que se vea envuelto en un lío de todos los diablos, pero al mismo tiempo piensa que, si yo tengo razón, el asunto

estallará como una bomba y más de cuatro polizontes se verán con el agua al cuello...

—*Okay*, y maldito sea usted —acaba por gruñir—. Vamos allá. Pero yo no abriré la boca en absoluto. Ni quiero que usted diga a esa mujer que soy un policía.

—Con eso es suficiente.

Abandonamos el bar, tras pagar yo el gasto. Skarn ni siquiera quiere utilizar su propio coche, sino que ordena que empleemos el mío. Y en todo el trayecto, no despega los labios. Sin embargo, me siento muy satisfecho por lo que ya llevo conseguido con él.

## CAPÍTULO VII

—¿No decía usted que a estas horas ya estaría aquí? —Gruñe el teniente, disgustado.

—Cada día está aquí ya —asiento—. Tal vez se haya retrasado.

Vuelvo a llamar, pero sin obtener ningún resultado tampoco. Skarn considera que estamos perdiendo el tiempo, de manera que antes que emprender la retirada subo al piso de arriba, seguido por él. Aquí encuentro al matrimonio que me sorprendió en la escalera de incendios. No parecen muy alegres al reconocermé.

—Estamos tratando de hablar con su vecina de abajo —explico—. ¿Saben si está ya en casa?

—Hombre..., no vigilamos sus entradas y salidas —refunfuña el marido—. Por regla general a estas horas está ya aquí... Tal vez se haya dormido...

—Yo la he oído llegar —dice de pronto la mujer.

—¿Hace mucho tiempo?

—No..., tal vez quince minutos, no sé...

—Bien, gracias —digo, muy preocupado. No me gusta semejante ausencia.

Volvemos abajo y el teniente parece contagiarse de mi nerviosismo.

—¿Es seguro que esta mujer vive rutinariamente? —pregunta al llegar al rellano.

—Completamente seguro. Trabaja desde las seis de la mañana, de manera que viene aquí en cuanto sale, y se acuesta. Llega rendida..., y sólo quiere descansar.

—Es raro...

Ahora es él quien llama por tercera vez, pero sin obtener tampoco respuesta. Entonces le insinúo:

—¿Por qué no vamos por la escalera de incendios y damos un vistazo por la ventana?

—¿Sí? Es usted un humorista. Nos sorprenden haciendo eso, y ya puedo buscarme trabajo en cualquier parte... Tengo mujer y dos hijos, ¿sabe usted, «pesquisa»?

—Siempre podría establecerse como detective privado —replico abruptamente. Y añado, decidido—: Está bien, no se mueva de aquí, por si llega en este intervalo. Yo echaré ese vistazo por la parte trasera.

—Le advierto que, si ocurre algo, yo ignoro por completo lo que se propone hacer..., y si le acusan de allanamiento, le encerraré. ¿Comprendido?

—Al diablo —digo, echando a correr escaleras abajo.

No tardo ni dos minutos en llegar ante la ventana del apartamento correspondiente a la escalera contra incendios. Me detengo jadeando, ya que he tenido que saltar varias veces para poder agarrar el tramo colgante de la escalera.

El interior del aposento está a oscuras. Una oscuridad completa, en la que no llegan siempre las luces opacas del callejón. Me digo que exactamente igual debía encontrarse la noche del crimen..., o tal vez aparecía entonces más negro todavía, ya que la niebla invadía el barrio.

No vacilo ni un segundo. Silenciosamente, me deslizo dentro, pisando como un gato. Hecho esto me detengo, esforzándome por acostumbrar mis ojos a la oscuridad reinante. Poco a poco voy distinguiendo los contornos de los muebles, y avanzo muy despacio para no tropezar. Cuando llego a los pies de la cama me detengo, aguzando el oído por si se oye la respiración de la mujer. Nada.

Silencio absoluto. Incluso tengo la sensación de que el mundo, fuera del piso, también ha enmudecido...

Alargo la mano y tanteo el lecho suavemente. Está vacío.

Respiro con cierto alivio. La mujer no ha llegado todavía, de manera que mis temores son infundados. Se me ocurre que si aparece en estos momentos voy a meterme en un buen lío, así es que decido largarme a toda prisa.

Retrocedo cuidadosamente, pero con menos suerte que antes. Tropiezo con una mesa y me detengo. Me he desviado de la ventana. Bien, aguzando la vista, doy un rodeo para eludir la mesa y avanzo ya con decisión, pues veo la ventana muy cerca, a mi derecha. Y entonces tropiezo con algo que hay en el suelo, algo

blando y que esté a punto de tirarme de narices contra las baldosas.

Ahogo una maldición, pero instantáneamente siento un escalofrío subir por mi espalda. ¿Con qué demonios he tropezado?

Enciendo una cerilla y noto que mis dedos tiemblan. Y a la luz de la llamita, vacilante y débil, descubro el cuerpo tumbado de lado a mis pies.

Noto el corazón golpearme en la garganta. No necesito inclinarme para saber que la mujer está muerta..., con el cuello roto, a juzgar por la extraña inclinación de la cabeza.

La cerilla quema mis dedos y la tiro, sacudiendo la mano y ahogando una maldición que pugna por brotar de mis temblorosos labios. Creo que he sido un idiota al tardar tanto en venir a apretarle las clavijas a la desgraciada arpía que se ha dejado cegar por la ambición.

Finalmente, decido que el teniente debe llevar también su parte en el juego. Ya sin precaución, tropezando y armando demasiado barullo, me encamino a la puerta. Antes de abrirla tanteo en la pared hasta encontrar la llave de la luz. Le doy la vuelta y la sucia bombilla alumbra tétricamente el cuadro que yo he percibido con la llamita de mi cerilla.

Abro la puerta. En el descansillo, Skarn pega un respingo al verme aparecer por allí.

Afortunadamente, la luz está a mi espalda y no puede verme la cara con detalle.

—Entre —digo con voz ronca—. Eso tal vez le convenza de que yo tengo razón...

—¿Qué pasa? —Gruñe, alarmado.

—La mujer estaba en casa...

Me aparta de un empujón y entra con pasos vivos. Cierro la puerta, y estoy todavía de espaldas cuando resuena la exclamación del policía al ver el cadáver.

—¡Condenación!

Me vuelvo. Está plantado delante del cuerpo. Poco a poco, gira la cabeza para poder verme.

—¿Es ella? —Quiere asegurarse.

—Sí.

Se inclina sobre el cadáver y su mano tantea en busca del inexistente hálito de vida. Sin levantarse, murmura:

—Todavía está caliente... Unos minutos antes y...

—De nada sirve lamentarse —gruño, de mal talante—. Ella conocía al asesino y lo ha pagado con la vida, cuando pensaba exprimirlo como a un limón. ¿Qué tiene que decir ahora de mis teorías? —Cállese.

Me callo. Apartándome a un lado, enciendo un cigarrillo y contemplo el corpachón inclinado de Skarn, que está inmóvil, como hipnotizado por la visión del cuerpo.

Cuando se yergue, viene hacia mí. Se lleva un cigarrillo a los labios, pero se olvida de encenderlo.

—Le han roto el cuello —refunfuña.

—Ya me he dado cuenta.

—Unas manos fuertes... Usted me ha hablado de los componentes del grupo de artistas..., y del tipejo llamado Edgerton... ¿Cree que él puede ser el criminal?

Dudo. Es arriesgado descartar a alguien de antemano, pero...

—No lo creo —digo al fin—. Le he acusado directamente, sólo para ver cómo reaccionaba, con la esperanza de que, si perdía la serenidad, acaso soltase algo interesante. Pero no es un hombre fuerte..., y sus manos son finas y delicadas como las de una mujer.

—Ya veo...

—¿Qué hacemos ahora, teniente? Hay que llamar a los de Homicidios.

—Sí, y hemos sido tan idiotas que nos hemos presentado en el piso de arriba tan abiertamente como vendedores ambulantes... En buen lío me ha metido usted, Duncan...

—Lo siento.

—Sí, ya imagino que lo siente...

Se queda pensativo. Entonces recuerda el cigarrillo que pende de sus labios y lo enciende. Tras esto, decide:

—Lárguese de aquí. Yo me las entenderé con esto.

—¿Y si interrogan a los vecinos de arriba?

—Diré que estaba comprobando los pasos de usted..., o que quería pararle los pies en algo... No lo sé, maldito sea. Ya se me ocurrirá algo sobre la marcha. El caso es que no le encuentren aquí.

Me encamino a la puerta, sin más palabras. La verdad es que malditas las ganas que tengo de que los de Homicidios me descubran en el escenario del crimen.

Pero antes que pueda salir, Skarn me advierte:

—Tenga en cuenta que si tengo que sacrificarle a usted para escapar de este embrollo, Duncan, lo haré sin vacilación. ¿Comprendido?

—Haga lo que quiera...

Salgo.

No me gusta nada cómo se están embrollando las cosas. Esa desgraciada y ambiciosa arpía era mi punto fuerte, la palanca que podía haber obligado a una revisión de la causa contra Henderson. Ahora...

Está bien; volveré a empezar por otro lado.

Ya con el motor en marcha, busco el papel en que tengo anotadas las señas del estudio de Bessie Gray, y después emprendo el camino. Un vistazo a ese lugar tal vez me ayude en algo.

Es uno de esos edificios con pretensiones, pero que las van perdiendo poco a poco. En otro tiempo tal vez albergó a alguien de categoría, pero ahora está convertido en algo tan común y corriente como otros miles de casas en la ciudad vieja, si es que algo en Los Ángeles se puede llamar viejo. Para acabar de redondear la impresión, el edificio conserva también un conserje o administrador que, cuando no está de servicio, habita en el sótano.

Lo encuentro leyendo un periódico deportivo, muy interesado en los resultados de las carreras. Levanta un instante la mirada del papel para echarme un vistazo, gruñe un saludo y reanuda el estudio de los jamelgos.

Bien; he dado con mi hombre.

Coloco un billete ante sus narices y le anuncio:

—Apuéstelos en la segunda de mañana, compañero.

Antes de volver a mirarme alarga el brazo, se apodera de los cinco dólares y gruñe:

—Los pondré sobre «Sally». Corre en la segunda.

—*Okay*, ojalá gane. ¿Puede dedicarme ahora un par de minutos a mí, aunque sea olvidándose de esa yegua?

—Dispare.

—Una tal Bessie Gray ocupaba un estudio en este edificio. ¿Quién lo ocupa ahora?

—Bessie Gray —es la desconcertante respuesta.

Creo que el cerebro de este tipo funciona más o menos como una

olla de grillos.

—Acláreme eso —le digo amablemente.

—Ella murió y el estudio estaba pagado hasta final de mes. Pero antes de terminar ese tiempo alguien abonó el alquiler de un año, con la condición de que siguiera a nombre de la muchacha muerta y de que nadie tocara nada. Y así está. Un negocio estupendo...

Empiezo a creer que el hombre está más loco que los resultados de las carreras de Santa Ana, que ya es decir.

—¿Quién pagó ese alquiler?

—Regístreme —dice riendo—. El dinero llegó por correo, y el tipo se entendió conmigo por teléfono. Nunca lo he visto.

—¿Quiere usted decir que alguien pagó un año de alquiler por ese estudio, y ni siquiera ha venido una vez para utilizarlo?

—Eso es lo que le estoy diciendo.

—No tiene sentido.

Se encoge de hombros.

—Nadie le ha dicho a usted que lo tenga. Usted me ha hecho una pregunta y yo le he respondido. Y hablando de preguntas, compañero, ¿quién es usted?

—Un amigo de Bessie...

—Y yo, Napoleón. Vamos, hombre, que llevo cincuenta años metido aquí.

—Ya veo —me parece que con este tipo no valen rodeos—. Tiene usted razón, no había contado con que fuera usted tan agudo. Soy un detective privado que anda en busca de unos documentos de Bessie que no aparecen por ninguna parte.

—Eso ya está mejor. Siempre estoy dispuesto a hacer un favor a alguien como usted, comprensivo y aficionado a los jamelgos... ¿Qué es lo que quiere realmente? Y no trate de tomarme la cabellera.

—Mi intención es echar un vistazo a ese apartamento..., supongo que el estudio estará en la azotea.

—En el último piso. En cuanto a echarle un vistazo... No sé, creo que eso es pedir demasiado por cinco dólares. Si no acierto con «Sally», se quedan en nada.

—Eso ocurrirá igual si le entrego cinco más.

Sonríe como una ardilla.

—No, porque sólo apostaré cinco.

—Ya veo.

Otro billete cambia de mano. Tendré que empezar a anotar los gastos o al final perderé dinero en este caso.

El aficionado a las carreras se incorpora, toma una llave de un casillero y me la entrega.

—Suba hasta el último piso con el elevador. Luego siga subiendo por un tramo de escaleras que encontrará, y llegará ante la puerta del estudio. Fue construido hace unos años, ¿comprende?, y el elevador no llega hasta arriba.

—De acuerdo.

Echo a andar hacia el aparato, y el hombre me advierte:

—Si pasa algo, yo no le he visto a usted jamás, compañero.

—Como quiera.

El ascensor sube penosamente hasta el final del recorrido. Veo el tramo de escaleras que se pierde en la oscuridad de las alturas, y emprendo la subida pensando en el alquiler pagado y en el extraño deseo del desconocido. ¿Por qué ese interés en conservar el estudio a nombre de la muchacha muerta?

No le encuentro sentido. Me parece cosa de locos.

No hay luz en esta parte del edificio. Seguramente cuentan que no viviendo nadie en el estudio no hay por qué gastar dinero en balde.

Apenas distingo la puerta a unos pasos de mí. Enciendo una cerilla. Eso es, ahí está la puerta. Inserto la llave en la cerradura, abro la puerta y entro en el oscuro interior, cerrando a mis espaldas. La Mamita llega a mis dedos y tiro la cerilla. Tanteo la pared, en busca del interruptor..., lo encuentro y le doy vuelta, entornando las pupilas para prevenir la súbita claridad..., y no ocurre nada. La luz no se enciende.

Debe estar fundida. Tengo que buscar otra en el estudio, ya que no voy a registrarlo alumbrándome con cerillas y chamuscándome los dedos.

Avanzo un par de pasos, cuidando de no tropezar..., y entonces las cosas se precipitan.

Noto un aleteo en el aire, cual el producido por el desplazamiento de un cuerpo. Pero antes de haber podido identificar esta sensación, unas manos surgen de alguna parte y se cierran sobre mi cuello. Unas manos duras, fuertes y poderosas, que

buscan desnucarme en escasos segundos.

Siento el pánico apoderarse de mí. Noto los pulgares cómo oprimen las vértebras..., y pienso que mi carrera va a acabar aquí y en este instante.

Vagamente me doy cuenta de que son manos enseñadas a matar. No aprietan ciegamente, sino que buscan el efecto rápido, definitivo y silencioso..., saben cuál es su cometido.

El terror me ha paralizado, y los dedos encuentran al fin el punto que deben quebrar. En el mismo instante me digo que no quiero morir..., nadie quiere morir...

Comprendo que el juego del asesino está facilitado por sí mismo, entre otras cosas porque esa manera de matar nos la enseñaron cuando nos prepararon para llevarnos a Corea. El mismo peso del cuerpo le ayuda..., y en consecuencia me empino sobre las puntas de mis pies, sorprendiéndolo. La presión disminuye un poco..., el hombre está jadeando por el esfuerzo y la tensión... Si logro dar la vuelta, ponerme cara a él...

Pero eso no es nada fácil. De nuevo los pulgares tantean en busca de la unión de las vértebras de mi nuca. Tengo que actuar en menos de dos segundos o mi cuello se romperá tan limpiamente como el de la arpía...

Lanzo un codazo hacia atrás, con toda mi alma. El pánico me resta fuerzas, pero así y todo debe dolerle lo suyo, por cuanto gime entrecortadamente y la presión de las manos vuelve a aflojarse un poco, pero sin soltar su presa. Repito el golpe, pidiendo al cielo que acierte en el mismo lugar castigado.

Nuevo gemido. Las manos, los poderosos pulgares, hacen un desesperado esfuerzo para terminar rápidamente. Algo cruje en mi nuca... Siento un principio de parálisis en mis músculos..., y golpeo una y otra vez con ambos codos, furiosamente, con toda la desesperación que me inspira la muerte aleteando a mi alrededor.

Los pulgares dejan de apretar y una voz ronca y sorda gruñe una blasfemia. Le he acertado, pero no he escapado, ni mucho menos.

Giro sobre mis pies y lanzo un puñetazo a la oscuridad, donde calculo que está el asesino. Choco contra carne y huesos, y el gemido es más doloroso que nunca. Repito el golpe, pero fallo. El tipo debe haberse movido, buscando colocarse de nuevo a mi espalda para enlazar sus criminales manos, sus poderosos

instrumentos de muerte.

Contengo la respiración y así puedo percibir la suya, que se desliza a mi lado, ronca y contenida. Allí es donde golpeo, acertando nuevamente. Oigo el golpe del cuerpo al chocar con la pared, y me lanzo hacia delante, disparando la pierna al mismo tiempo. Mi zapato se hunde en carne blanda y hay una especie de «ploff» apagado, al mismo tiempo que el aire escapa silbando de sus pulmones...

Repito el golpe y estoy a punto de romperme el pie contra la pared. El hombre, sea quien sea, es ágil como un diablo y se ha apartado a tiempo.

El pensar en sus pulgares me pone enfermo, de manera que busco desesperadamente la manera de machacarle, aunque sea matándole. Me pregunto por qué infiernos no llevaré el «38» encima...

Y entonces parece que el techo se cae sobre mí de una sola pieza. Me aplasta, hundiéndome en la oscuridad igual que si me hundiera en una masa de alquitrán. Antes de perder el conocimiento por completo, pienso en las manos que ahora podrán trabajar en mi nuca, sin estorbos...

## CAPÍTULO VIII

Salir de un pozo tan negro como la Laguna Estigia debe ser algo semejante a lo que siento cuando trato de abrir los ojos. No veo nada..., solamente oigo voces. Un concierto de voces desconocidas...

Después, mis retinas captan sombras movibles, sombras que van tomando forma y se identifican con las voces... El aficionado a los caballos está inclinado sobre mí, y en su cara se pinta la consternación. Por lo visto me ha tomado por su mascota, y teme perderme.

A su lado hay un rostro que no he visto jamás, y detrás de esos dos otras caras igualmente desconocidas.

Intento hablar, pero no lo consigo. La extraña rigidez de mi nuca es un mudo testimonio de lo que ha estado a punto de sucederme. Eso acaba de ponerme nervioso.

—Tómelo con calma, compañero —masculla el portero—. Todo está arreglado...

—Lo dudo...

—Si puede hablar, es buen síntoma —sentencia el hombre.

Sí, puedo hablar. Y, ayudado por el portero y el otro, consigo sentarme en una butaca. Desde allí contemplo lo que me rodea. Veo las comodidades del estudio, muy bien montado y con mucho polvo... Y la bombilla que lo alumbra.

—¿La ha cambiado? —pregunto entre dientes, pues ahora despierta el dolor en mi cabeza, como resultado del porrazo.

—No... Sólo estaba floja.

—Ya veo... ¿Ha podido ver al que estaba aquí?

—No. Sólo hemos oído el estruendo de alguien al ser lanzado contra la pared... Los vecinos se han asomado y me han llamado... Estaba usted solo, tendido en el suelo, igual que muerto. Valiente susto nos ha dado...

—No me hable de sustos —gruño—. ¿Hay escalera de incendios aquí?

—Sí, naturalmente.

—Ése es el camino que ha utilizado ese criminal...

Alguien trae una botella y me la ofrece. El *whisky* arde en mi garganta, pero me devuelve las fuerzas.

—¿Hay un teléfono a mano?

—Abajo..., o en cualquiera de los pisos...

—Ayúdeme a llegar a él, por favor.

Todo el mundo quiere ayudarme. Una grata muestra de solidaridad humana.

Consulto la guía hasta que encuentro el número de teléfono perteneciente a la arpía muerta. Lo marco y cuando un hombre contesta le pregunto si está allí el teniente Skarn. —Sí— responde la voz—. ¿Quién le llama?

—Duncan.

—Espere...

Un minuto... Dos... ¿Dónde estará el polizonte?

—¿Qué pasa ahora? —grita al otro lado—. Me ha pillado en la escalera. ¿Qué nueva idea se le ha ocurrido?

—Es algo más que una idea. Tome nota de una dirección, y venga aquí a toda velocidad.

—¿Qué?

Le doy la dirección de donde me encuentro, impidiéndole hacer más preguntas, y cuelgo.

La espera se prolonga algunos minutos, pero Skarn aparece mucho antes de lo que yo podía suponer, lo cual demuestra su interés en el asunto.

Le cuento lo que me ha sucedido. El portero asiente a mis palabras, cargado de simpatía por mis desgracias, o tal vez recordando los diez «pavos» que se ha embolsado.

Cuando termino. Skarn está más disgustado que nunca.

—Duncan —gruñe, furioso—, usted me ha metido en este lío. He tenido que mentir como un bellaco a los de Homicidios..., y ahora esto.

—Tengo una idea, teniente —le digo, sin hacer caso de sus gruñidos—. Me la ha dado su manera de atacar..., sus manos acostumbradas a matar de esa manera precisamente. A mí también

me enseñaron para romper las vértebras de la nuca cuando me lanzaron sobre Corea...

—¿Cree que encontrará a un excombatiente de Corea, entre los miles de ellos que hay?

—No se precipite. En primer lugar, sólo enseñaban así a los comandos. Y en segundo lugar, se trata de buscar a ese excomando entre las amistades de Bessie Gray y John Henderson. Eso reduce nuestro campo.

Un relámpago brilla en sus ojos. Ha comprendido.

—Ahora creo que ha dicho usted algo, «pesquisa»... Aunque me gustará ver cómo termino yo, una vez estalle este asunto.

—Le ascenderán.

—Y un cuerno.

Ya que estamos aquí, aprovecho para regresar al estudio y darle un vistazo a fondo. Skarn me mira, sentado en una butaca. Mientras dura mi registro, no cesa de gruñir y yo trato de distraerle exponiéndole algunas ideas.

—Ese criminal —le digo—, ha estado siguiéndome. Me ha visto venir aquí, y mientras yo convencía al portero de que me dejara entrar en el estudio, él ha subido por la escalera de escape, esperándome en la oscuridad. Un poco más y no lo cuento, maldito sea.

—Bueno, termine de una vez. No olvide que tenemos algo más que hacer.

—¿Por qué no lo hace usted, desde su puesto oficial? Nadie tiene que saber por qué realiza esas averiguaciones. Yo le doy los nombres y usted trata de saber cuál de ellos ha estado en los comandos...

Vacila. Sin embargo, no puede ocultar su interés por el caso.

Al fin pregunta:

—¿Para cuándo está fijada la sentencia?

—Para el veintitrés...

Gruñe algo que no entiendo y se levanta.

—Lo haré —dice—. ¿Dónde le localizaré, más tarde?

—Pruebe en mi oficina. Si no estoy allí, me encontrará aquí.

Se levanta. Su despedida consiste en un simple gesto, y desaparece. Va a resultar de una gran ayuda su gestión.

El registro no me sirve de nada. No hay ni rastro de nada

parecido a una pista. Sospecho que lo que estoy haciendo lo ha hecho antes el asesino.

Bien; ya falta poco para echarle el guante..., porque empiezo a tener una idea sobre el criminal.

Bajo de nuevo a la portería para utilizar el teléfono. Esta vez llamo a Muriel, y me responde su voz soñolienta. Supongo que la he sacado de la cama.

Tras las primeras preguntas que me hace respecto a cómo están las cosas, y tras decirle que todo va bien, soy yo quien pregunta:

—¿Cuál de todo el grupo estuvo alguna vez enamorado de Bessie? Y no me refiero a Edgerton...

Tarda en responder, pero cuando lo hace, mi idea sobre el culpable se afirma. Pero todavía no he terminado.

—La hermana de John —le digo—. ¿Estuvo alguna vez enamorada de él?

—Sí... ¿Cómo lo ha sabido?

—No lo sabía. Cuénteme qué sucedió entre ellos.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Fueron juntos una temporada, pero inesperadamente se separaron y ella empezó a beber... Estaba desmoralizada. Todos pensamos que era debido al desengaño.

—Muy bien, Muriel. Considere que John está salvado.

Cuelgo el auricular antes que sus exclamaciones fundan el diafragma. Mi primera idea respecto a que todo el asunto era cosa de locos va a resultar acertada.

Esquivo al obsequioso portero y regreso al estudio. Una vez en él, cierro la puerta, enciendo un cigarrillo y me dejo caer sobre una butaca, dispuesto a esperar al teniente y pensar entretanto en lo que yo creo la solución.

Mis pensamientos recorren senderos alucinantes. Trato de introducirme mentalmente en el mundo interior de un loco, de un enfermo al que no han sido capaces de descubrir en su misma enfermedad. Bien, ya se le acaba la cuerda.

No tengo noción del tiempo que transcurre. Sé que he fumado incontables cigarrillos y que el paquete está ya vacío y arrugado sobre la mesa, cuando alguien llama a la puerta.

Es el teniente Skarn, que entra con pasos cansados.

Nos quedamos uno frente al otro, mirándonos como dos extraños.

Es él quien finalmente rompe el silencio:

—Bien, Duncan. ¿Y ahora qué?

—¿Lo ha encontrado?

—Sí. Ha acertado usted...

No puedo ocultar mi alegría, y dejó escapar un suspiro de alivio. El teniente no parece compartir mi satisfacción, pero eso no es asunto que me preocupe en estos momentos.

Vuelvo a la butaca, busco un cigarrillo antes de recordar que he terminado el paquete, y entonces le pido uno a Skarn, que me lo entrega con cierto disgusto en todos sus ademanes.

—Cuando se cansa de pavonearse, espero que me cuente lo que usted ha estado pensando hasta ahora —gruño abruptamente.

—¿Es Bob Casper el nombre del excomando?

—Sí. Imagino que usted ya lo sabía...

—No sabía cuál de ellos era, aunque, a juzgar por lo sucedido, tenía que ser alguien medio loco. Casper lo es.

—Eso supongo yo también. No crea que no le he dado vueltas al asunto, Duncan. Pero hable usted y veremos si coincidimos en nuestras teorías.

—Una vez enfocado desde este punto, es fácil... Bob Casper era el único del grupo que había logrado despuntar. Le habían expuesto sus obras, había alcanzado cierto éxito, y el porvenir se abría ante él, brillante de gloria. Eso le encumbró sobre sus compañeros. Le hizo sentirse superior, más inteligente, más artista..., y entonces tuvo lugar el accidente que hundió todas sus ilusiones, que hizo polvo sus sueños de gloria. Ya no sería el mejor del grupo. Todos los otros le aventajarían con el tiempo. ¿Se da cuenta del golpe que debió representar para él?

—Perfectamente. Hirió su cerebro con tanta fuerza como un disparo.

—Poco más o menos así fue. Por añadidura, él estaba enamorado de Bessie Gray, aunque jamás se lo había confesado, en espera de triunfar para poder ofrecerle ese mismo triunfo. Y después del accidente, no se atrevió a declararle su amor, hundido materialmente en esa especie de complejo. Y entonces le llegó el triunfo a John Henderson. Expuso y triunfó, en parte apoyado por Edgerton, que deseaba quedarse con un buen bocado del dinero de las ventas. Y Bessie, ambiciosa en extremo, vio la oportunidad de

escalar un buen puesto, si engatusaba a John. Éste perdió la brújula, se enamoró de ella y se ganó con ello el odio de Bob Casper, que veía cómo otro a quien consideraba inferior a él triunfaba en toda la línea y se llevaba también a la mujer que le tenía loco. Entonces debió ya pensar en la manera de destruir a su rival, o al que él, con su tarado cerebro, consideraba su rival. Y ahí es donde intervino el azar, haciendo que Casper conociera a la hermana de Henderson.

El teniente escucha con atención. De vez en cuando asiente con un gesto, pero al oírme hablar de la hermana del condenado, de la que no tiene la menor idea, se sorprende no poco.

Sin hacerle caso, sigo adelante:

—Ella se enamoró de Casper, tal vez influida por la pena que sentía por él a raíz del accidente y de su inutilidad. Y Casper vio la oportunidad de herir a su enemigo. Se dejó amar, fue rodeando a la pobre chica con su amor fingido hasta que consideró que ya estaba madura para el sacrificio. Entonces se mostró ante ella tal cual era... Supongo que sería entonces que descubriría que sus muñecas habían recobrado su fuerza con el tiempo, aunque su mente ya se había acomodado a la compasión de los demás. La muchacha no pudo resistirlo. Por primera vez en su vida, debió encontrarse ante un loco furioso y sádico..., y ese monstruo era precisamente el hombre a quien ella había amado. Se alejó de él, y se entregó a la bebida hasta el extremo de tener que encerrarla en un sanatorio.

—Maldita sea, no me había usted dicho una palabra de esto.

—No estaba seguro de ello.

—Bueno, adelante, lumbrera. Siga con su historia...

—He estado pensando en esto durante horas, teniente —le confiesa, encendiendo otro de sus cigarrillos—. Especialmente, mientras le esperaba a usted...

Aspiro el humo. Por un instante se me ocurre que John Henderson volverá al lado de Muriel, y ésta será suya y...

Al diablo. Para mí es un caso como otro cualquiera.

—Entonces debió ser cuando Edgerton se encaprichó de Bessie, y le ofreció a ésta la oportunidad de exponer con garantías de éxito. No puedo saber si la pobre muchacha amaba realmente a Henderson o no, pero sí es seguro que su ambición pudo más en ella que su amor, de manera que dio sus favores al atildado dueño de la galería a cambio del éxito, lo que fue un nuevo golpe para el

atormentado Casper..., la mujer que él amaba se entregaba como una vulgar mujerzuela.

—Imagino que la vida de ese tipo no debe haber sido nada agradable.

El comentario del teniente es una gran verdad. Bob Casper ha vivido en un verdadero infierno.

—Lo malo fue que en su perturbado cerebro hizo responsable de todo ello al que se la había arrebatado a él, según su punto de vista: John Henderson. Y decidió matarlo. Tendremos que consultar con un siquiatra responsable, teniente —comento, preocupado—. Estoy casi seguro que cuando está más o menos calmado, Casper considera sus muñecas completamente inútiles; sólo cuando se encuentra bajo una de sus crisis de ira, su cerebro cesa de autocompadecerse y la fuerza de sus manos es normal, o agigantada por esa misma furia. Yo tengo una muestra en mi cuello de lo que estoy diciendo.

—Decía usted que decidió matar a Henderson...

—Exacto. Primero intentó que la cosa fuera atribuida a un accidente, pero fracasó. Después le disparó un tiro desde una azotea frontera al estudio del pintor. También falló, con lo que su odio aumentó. Así las cosas, Bessie debió sentir cierta compasión por él, como la sentían todos los del grupo. El caso es que llegó un momento que fue con él a un motel cercano a San Diego, el mismo que frecuentaba en compañía de Edgerton. Allí debió suceder algo que la asustó de tal manera que la empujó a buscar refugio en un lugar donde no pudieran encontrarla. Seguramente, Casper sufrió una de sus crisis al tenerla, por fin, en brazos. Debió hablar más de la cuenta, delatándose en el asunto de sus intentos de matar a Henderson..., y Bessie llamo a éste por teléfono cuando se vio acorralada... Cuando descubrió que Casper sabía dónde encontrarla. Pero cuando Henderson llegó, Casper se le había adelantado..., y lo demás ya lo sabe usted.

—No estoy muy seguro de saberlo —gruñe el teniente entre dientes, con evidente disgusto—. Casper la mató, se escondió en el piso de esa pobre mujer que ha asesinado esta noche..., y ella trató de hacerle víctima de un chantaje. Bien; hasta aquí todo parece tener cierta lógica. Pero..., ¿cómo se enteró de que usted intervenía en el asunto?

—No lo sé, aunque es fácil de imaginar. Bob Casper debe estar esperando con verdadero frenesí que Henderson sea ejecutado. Es ésta realmente su venganza... Por lo tanto, tiene que mantener vigilada a Muriel para saber los pasos que dan los abogados y ella, en el último intento de librar al pintor. Así vio cómo la muchacha se ponía en contacto conmigo. Parece lo más lógico.

—Sí. Todo esto es muy lógico. Ahora, dígame, tipo listo. ¿Cómo piensa probarlo?

—No lo sé. Tal vez Casper, en su locura, se descubra al verse descubierto por nosotros.

—Quizá, pero no confíe demasiado. ¿Sabe usted dónde vive?

—Sí.

Skarn abandona la silla y me hace un gesto cansado.

—Está bien, lumbrera. Vamos allá y que Dios nos ayude, si usted está equivocado, o si no podemos probarlo. Tendré que dedicarme a criar gallinas.

Abandonamos el estudio de la pintora muerta. Al pensar en el hombre que vamos a detener, siento que mi decisión flaquea.

## CAPÍTULO IX

Este Bob Casper tiene una mirada capaz de inquietar a un témpano de hielo. Parece que esté imaginando la mejor manera de atravesarle a uno de parte a parte.

Llevamos más de quince minutos con él. Le he soltado toda mi teoría, tan claramente como se la he expuesto antes al teniente, y lo único que hemos conseguido es que nos muestre sus manos, evidentemente faltas de fuerza ahora.

Pero su actitud es tensa. Sabe que le hemos cazado, y sabe también que ni con todos los trucos de su retorcido cerebro conseguirá ya eludirnos.

Pero Skarn se impacienta, y teme también el escándalo que puede derivarse de esta acción, si no nos da resultado.

—No sea estúpido, Casper —le digo amistosamente—. Usted sabe perfectamente que lo tenemos acorralado. Y debe saber también que ningún tribunal podrá condenarle a muerte. Todo lo más le encerrarán en una institución mental.

Skarn hace un gesto de protesta ante estas palabras, pero no le hago caso. Hay que hacer saltar esa coraza de lejana indiferencia.

—Le meterán en una celda para el resto de su vida, y no tendrá que preocuparse de nada. Casper. Le mantendrán, aunque atado si se pone tonto. ¿Comprende?

—¡Ya lo creo que comprende! Algo se ha encendido en el fondo de sus pupilas. Un incendio amenazador que va en aumento, a medida que pasa el tiempo.

—He conocido muchos locos, Casper —añado despiadadamente—. Pero ninguno ha conseguido escapar a su castigo. Los médicos de esos centros se han mostrado muy duros, ya sabe... Duchas heladas, camisas de fuerza, inyecciones...

—¡Cállese! —brama al fin, a punto de saltar sobre mí.

Skarn se levanta, pálido.

—Como se le ocurra decir algo más por el estilo, Duncan...

Su amenaza no le sirve de mucho, porque añadido:

—Usted, Casper, ha tratado de romperme el cuello esta noche. Sabe que voy a sacar a Henderson de la celda de la muerte. No lo ejecutarán ya, y eso es lo que le saca de quicio, ¿verdad? Pero consuéllese, amigo. En el sitio donde le encerrarán, bien amarrado, tendrá tiempo suficiente para pensar en su fracaso.

Al fin parece que se ha cansado de aguantar el chaparrón. Le veo avanzar hacia mí con los hombros inclinados los brazos separados del cuerpo y las manos engarfiadas.

El teniente se levanta de un salto.

—¡Quieto, Casper! —grita.

Pero éste no se detiene. Salta sobre mí, que tengo el tiempo justo de esquivarlo y soltarle al mismo tiempo un puñetazo que lo lanza contra la pared. Durante un instante queda inmóvil, acariciándose la mandíbula. Skarn ha sacado el revólver y le amenaza con él, al mismo tiempo que le advierte:

—Inténtelo otra vez, Casper, y le dejaré tan tieso como una momia. Basta de alboroto.

La vista del arma parece que aplaca un poco al desgraciado, y yo aprovecho para iniciar un rápido registro, ante la mirada inquieta de Skarn, que no le gusta lo que estamos haciendo, ya que no tenemos orden ni mandamiento judicial de ninguna clase.

Bob Casper se mantiene quieto y en silencio. De su contraída garganta surge un continuo estertor, como un largo y sordo gruñido, dando la sensación de un animal de presa, dominado por un ataque de rabia.

Hasta que la suerte me muestra su lado agradable. Quedo sin respiración, apenas sin dar crédito a lo que estoy viendo y que sólo puede atribuirse a un cerebro tarado como el del criminal.

Porque, ante mis narices, en el fondo de un cajón de la cómoda, están la pulsera y el anillo que pertenecieron a la arpía asesinada. La pulsera, por lo menos, es inconfundible. Una serpiente con dos brillantes y azules ojos... Una serpiente de oro.

—Vea esto, Skarn. Creo que ya no necesitamos más.

Sin perder de vista al loco, el teniente se acerca y echa un ligero vistazo a las joyas. La sangre acude a sus mejillas. El también sabe que hemos ganado.

—Bien, eso me reconcilia con usted, Duncan. Llame a la Brigada, y que vengan a hacerse cargo de ese tipo. Me pone los pelos de punta, mirándome como lo hace.

Aviso por teléfono a la Brigada de Homicidios. Después me apresuro a telefonar a Muriel, y cuando oigo su voz, le anuncio:

—Puede dormir tranquila, muchacha. Está salvado.

—¡Santo Dios, Duncan! Antes me ha dejado con la ilusión, pero no ha querido decirme nada. ¿Qué ha pasado?

—Es largo de contar, pero he querido que supiera que su novio será liberado.

No puedo seguir. Bob Casper, despreciando la amenaza del revólver, me cae encima con toda la furia de un gorila enfurecido. Oigo el grito de Skarn, pero cuando voy a volverme, dos manos como garras se cierran sobre mi cuello y de nuevo los condenados pulgares buscan el punto mortal...

Afortunadamente, el teniente interviene sin vacilaciones, ahora que ya sabe a qué atenerse. Descarga un culatazo escalofriante en la nuca de mi atacante. Las garras aflojan su presa, pero necesita golpear una segunda vez para vencer la demente resistencia de Casper.

Cuando lo tiene en el suelo, Skarn me mira acusadoramente.

—Es un imbécil, Duncan. Sólo a usted podía ocurrírsele hablar así por teléfono con la novia de Henderson, delante de ese pobre loco. Lo ha sacado usted de quicio.

—Ya me doy cuenta —asiento, acariciándome el cuello.

Entonces advierto el teléfono que cuelga del hilo, y oigo la voz apagada de Muriel, que grita histéricamente a través del auricular. Lo tomó nuevamente y la calmo, asegurándole que puede empezar a planear la boda para fecha próxima... siempre que me lleve de padrino.

Después de esto cuelgo, y me vuelvo hacia Skarn.

—Bien. ¿Qué le parece el asunto, teniente? Creo que se dará cuenta de que ha acertado en hacerme caso. Hemos salvado a un inocente.

—Sí, ya me doy cuenta. Pero me pregunto qué hará el fiscal conmigo cuando se entere. Y la Brigada tampoco quedará muy satisfecha de mi actuación.

—Usted no está a las órdenes de ninguno de ellos.

Afortunadamente, pertenece a la Brigada Secreta.

—Sí, afortunadamente. Pero esto me enseñará a no meterme en lo que no me importa. La próxima vez que venga usted a pedirme ayuda, le doy mi palabra de que no me encontraré.

Todavía estoy riéndome de él cuando llegan los representantes de la Brigada de Homicidios. Afortunadamente, no está entre ellos el sargento que tan a la ligera cerró el caso Henderson...

Cuando abandono el apartamento, dejando allí a Skarn para que cargue con los laureles, si es que alguien decide que se los merece, ando despacio hasta donde tengo el coche. Me siento extrañamente satisfecho. He contribuido a hacer justicia, he salvado la vida de un inocente, pero también experimento otro misterioso sentimiento al pensar en Muriel.

¿Serán celos?

Al diablo. Mañana presentaré mi cuenta, la cobraré y a la noche agarraré una borrachera de campeonato para olvidarlo todo. Y con un poco de suerte, no la agarraré solo.

Tengo noticias de que Los Ángeles es la ciudad de los Estados en que más abundan las mujeres hermosas. Imagino que alguna habrá para mí..., aunque sea para una sola noche.

Pongo el coche en marcha, me mando a mí mismo al diablo por albergar esos pensamientos y tomó rumbo a mi aposento.

Sin embargo, los pensamientos siguen atormentándome... Muriel... y las mujeres... Tuerzo el volante y cambio de ruta. Ellas han ganado.

FIN



# GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES ( EN MAYUSCULAS )

NOMBRE .....

APELLIDOS.....

CALLE.....No .....

POBLACION .....

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLE .....No .....

POBLACION .....

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL  
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 024127

**BRUGUERA**

PRECIO EN ESPAÑA  
60 PTAS.  
IMPRESO EN ESPAÑA



